REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV | San José, Costa Rica **1932** Sábado 30 de Abril | Núm. 15

Año XIII. No. 583

SUMARIO

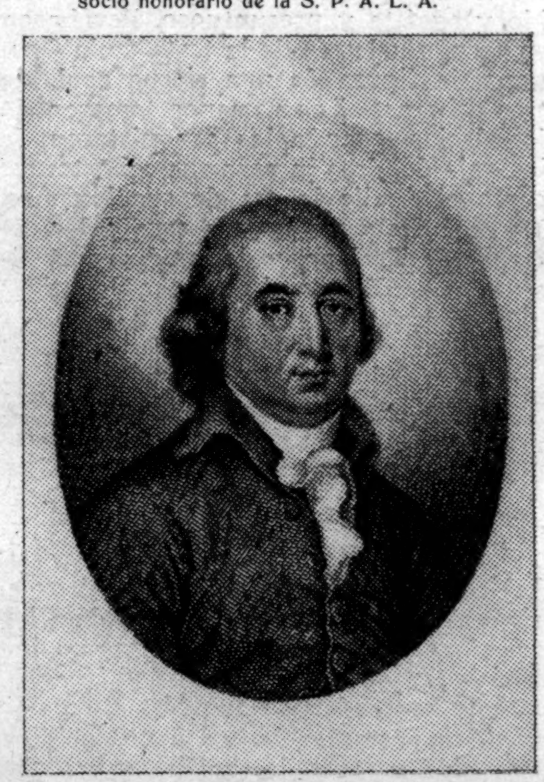
Elogio de Herder	*Persiles*
A propósito de Herder	*Goethe y Eckermann*
Carta	*Arturo Zapata*
Poema puro	*Antonio García*
La politiquería envalentona el aldeanismo, suelta el ganado filisteo	*Juan del Camino*
Testimonio	*Cicerón*
Fuerza	*Azorín*
Azaña	*Azorín*
A la Nación (2)	*Haya de la Torre*
El escéptico militante	*Eugenio Montes*
Briand, anecdotista	*Javier de Izaro*
Ensayos	*Napoleón Viera Altamirano*
Bibliografía titular	
Un revolucionario en el Medioevo	*Lilia Ramos*

PERSIFLAGE

Elogio de Herder [1]

= *Colaboración directa* =

Para *Abelardo Bonilla*, aguda mentalidad, espíritu refinado y corazón generoso; socio honorario de la S. P. A. L. A.



Johann Gottfried von Herder

Yo también, como Herder en su juventud, he tenido el anhelo de dedicarme al servicio del altar. Treinta días seguidos comulgué una vez, por si frecuentando el banquete divino el llamado del Señor me sonaba claro en la conciencia. No me sonó. La visión que en un principio me pareció entrever,—visión de júbilo apostólico,—se me nubló de pesar. Comprendí que había anhelado la sotana y la tonsura por demasiado amor al mundo—un amor triste, un amor no correspondido. A la Iglesia no quise inferirle el agravio de emplearla como paño para mis mundanales lágrimas, y la oferta de beca en el Pío-Latino y la esperanza del doctorado en teología, que es la ciencia de mi mayor agrado, y la posibilidad de llegar un día a obispo, fueron tentaciones que supe vencer. Soy católico romano. Herder, en cambio, era protestante. Lo que a él, en su primer intento, lo apartó de coger por el sendero clerical fue el consejo del pastor de Mohrungen, pueblecillo de la Prusia Oriental, donde, el 25 de agosto del 1744 había nacido.

Johann Gottfried von Herder, parece nombre de príncipe. Lo era de un pobre muchacho. El padre de Johann Gottfried von Herder era un buen hombre: Sacristán de la pequeña iglesia de Mohrungen; chantre del pequeño coro de la pequeña iglesia de Mohrungen; maestrillo de la pequeña escuela para párvulos de aquel pequeño lugar; y hasta ejercía de enterrador: Cuatro oficios que son cuatro pruebas de miseria. Johann Gottfried heredó la melancolía de su padre. Y había nacido para ser maestro. Cuando, una vez que hubo aprendido a leer y escribir y las cuatro reglas, ingresó a la escuelita primaria de Mohrungen, le tocó dómine pedante e iracundo. El caso era para maldecir eso que se llama educación. Con Herder ocurrieron las cosas de distinto modo: Su mala suerte le inspiró ideas de reforma educativa. Se nace predestinado: Contra el destino preparado de antemano no hay remedio. Pobre, solitario, meditativo, el joven Herder, triste de amor al mundo,—un amor no correspondido,—quiso estudiar para ordenarse pastor del protestantismo, que es otra forma de ser maestro. El pastor de Mohrungen lo disuadió de ello.

Herder tenía dieciocho años cumplidos. ¡Qué triste es ser triste a los dieciocho años! Creo que no hay tristeza igual. Hay quienes se deleitan viendo abrirse las rosas. A veces pienso que han de sufrir mucho las rosas cuando se abren. Porque despiertan al mundo, ¡y lo que el mundo encanta y hace sufrir! Nada enamora tanto como el mundo; nada corresponde menos que el mundo. Ser triste a los dieciocho años es tan íntima tragedia que nadie,—salvo quizás algún bárbaro ruso sin pudor,—se ha atrevido a decir completa esa tristeza. Con ella al hombro Johann Gottfried, a los dieciocho años de edad, en el 1762, llegó a Konigsberg. Llevaba el melancólico propósito de estudiar medicina, para serle útil a la humanidad. Pero para hacerse médico hay, primero, que hacerse callos en muchas sensibilidades, hay que dominar muchos ascos, hay que endurecer muchas delicadezas. Todos estos obstáculos vence aquel para quien la medicina será medio de lograr casa más holgada que la del prójimo, mesa más larga, anillo con brillante más grueso y, a la postre, entierro con más discursos y coronas. Todos esos obstáculos vence también, con sencillez heroica, aquel a quien la Ciencia ha cautivado con su magia de Circe, magia que deshumaniza. Y hay un tercer orden de hombres que vencen, no menos que los otros, los obstáculos que decimos: El orden de quienes aman a Dios y a quienes Dios quiere para santos sin altar. Herder no era de tales. Herder amaba al mundo, no a Dios; amaba, esto es, a la humanidad, no al hombre. El hombre es un animal tosco, bestial, duro, feo, ingrato, hipócrita, sucio, imbécil, cobarde, traicionero, venenoso. ¡Dios, qué fiera! El hombre es como el príncipe aquel del cuento maravilloso, a quien malas hadas encantaron convirtiéndolo en monstruo con hocico de jabalí, pero que recobró su gentileza y su limpieza, su galanura y su buen ánimo, cuando hubo doncella que lo amó y le besó la trompa. Cuando se ama al hombre (¡Cristo lo amó! ¡Francisco de Asís lo amó!) la fiera se vuelve bella y mansa. La humanidad, en cambio, es otra cosa. La humanidad es un sueño con seres que nos comprenden, que saben honrarnos, que nos tienen en grande estimación, que nos prodigan aplausos, que nos elevan a altos puestos, que nos erigen estatuas, que bautizan calles con nuestros nombres, que se sirven de nuestra efigie para sus estampillas de correos, que, en una pala-

A propósito de Herder

Tenía algo de blando en su trato, muy decoroso y correcto, sin ser propiamente correcto. Tenía una cara redonda, una frente imponente, una nariz algo roma y una boca algo prominente, pero singularmente agradable. Bajo las cejas negras lucían dos ojos negrísimos que producían gran impresión, a pesar de que uno de ellos solía estar irritado. Con diversas preguntas procuró conocerme y darse cuenta de mis circunstancias y su poder de atracción obraba sobre mí con intensidad creciente cada día. Yo era muy comunicativo, y pronto no tuve ningún secreto para él.

Herder era a veces el hombre más atractivo e ingenioso; pero fácilmente mostraba un aspecto malévolo. Ciertamente, todos los hombres, por naturaleza, tienen en mayor o me-

(*Pasa a la página 231*)

(1) Plática de Persiles en la velada organizada por la Sociedad Puntarenense de Amigos de la Literatura Alemana, para conmemorar el primer centenario de la muerte de Goethe.

bra, aprovechan y agradecen nuestros esfuerzos por su bien. Y esto era lo que Herder amaba. Por amor a la humanidad — y al mundo desde luego — Herder quiso estudiar medicina en Konigsberg en el 1762. La sala de disección le puso los nervios de punta, le volcó el estómago. Y más triste que jamás, y más decepcionado que nunca, Herder volvió a su empeño anterior y se metió a estudiar para clérigo.

Amigos le ayudaron. Siempre tienen amigos que les ayuden los que desean estudiar para clérigos. Para Herder fue una gran cosa. Una gran cosa estudiar para cualquier cosa en Konigsberg. Porque en Konigsberg estaba Kant. Por esa época pasaba Kant de las cuestiones físicas a las metafísicas: Todo él florecía: Kantiana primavera, desde luego, no la alegre, bulliciosa, inconsciente e irresponsable, a veces hasta boba, primavera corriente. Pobre, apocado, lento, tenaz como de origen escocés que era, Kant, a los treintiún años de edad, en el 1755, había comenzado a enseñar privadamente en la Universidad de Konigsberg. Quince años lo tuvieron en tan humilde puesto. Las dos veces que había hecho solicitud de profesorado no le habían contestado siquiera. ¡No sabía intrigar Kant! No sólo en Costa Rica se cuecen habas, que también se cocían en Konigsberg, ¡y habas como Kant! Por fin, en el 1770, se le nombró profesor de lógica y metafísica. Después de muchos años de enseñar, Kant escribió un libro de pedagogía, del que solía decir que contenía muchos preceptos excelentes, ninguno de los cuales había él aplicado jamás. De Kant dicen que enseñaba mejor que escribía. Dos generaciones le cobraron inmenso cariño y le llamaron maestro con respeto afectuoso. Herder perteneció a la primera de esas generaciones, ocho años antes de que Konigsberg se inmortalizara nombrando a Kant profesor de su Universidad. Kant influyó en Herder.

Pero influyeron en Herder, también, y por medio de los libros, Platón y David Hume, el earl de Shaftesbury y el barón von Leibnitz, Denis Diderot y Jean Jacques Rousseau; y luego fue su mayor influyente Johann George Hamann, el "Mago del Norte", curioso ser incapaz de crear, incapaz de construir, sin plan para nada útil, sin fuerzas para ningún esfuerzo sostenido, criticón de todo y todos, bilioso, caótico y oracular. Herder, pues, con tales influencias, se las tuvo que ver con monstruos. ¡Cuidado que Platón tiene maneras para trastornar! Acordémonos de aquel Apolodoro loco, el del **Banquete.** Y Hume es como para hundirlo a uno en el abismo infernal de esa babosada que llaman epistemología. Y Rousseau tiene—o más bien, tenía entonces—peligros de Scylla y Caribdis: ¡A cuantos no ha hecho naufragar! Y luego, Hamann, ¡Hamann! La inocencia salva en estos casos. Con cabello de doncella se puede atar dragones y conducirlos como ovejas. El otro método de vencer a las aladas sierpes maléficas es el de la fuerza o el de la astucia,—el método de Ra para dominar a Apophis, la furiosa deidad rastrera del mundo subterráneo egipcio; el método de Beowulf, el de Sigurd, el de Arturo, el de Tristán, el de Lancelote, el del Arcángel San Miguel, en fin; o bien el método que emplearon en diversas formas Perseo para decapitar a la Gorgona, Apolo para triunfar sobre Gaia, Hércules para derrocar a Echidna (con quien casó, el muy ladino, y fue, nos afirma Herodoto, tronco de la raza de los escitas), y Cicreo para matar al dragón de Salamina, y Forbos para darle muerte a Ofiusa, la sierpe alada de Rodas. Pero el método mejor para obtener tales victorias es el de la inocencia, el de la Reina del Cielo, y por inocente que sea, Herder logró vencer la dragoniana influencia de Hamann.

La influencia dragoniana es terrible. Su aliento es fuego que marchita, su mirada es horror que petrifica. Hace al dragón, el anhelo de figurar, el anhelo de ser temido, el ansia de lo que don Joaquín García Monge llama "la gloriola", el afán de volar que tienen los seres malditos de Dios, los seres que Dios maldijo que se arrastrarían siempre. A quienes tienen eso, se les vuelve feroz la cara. O pintan fieras en sus banderas. Agamenón, que era bastante pobre diablo y egoísta y presuntuoso, llevaba en su escudo, además de la testa de la Gorgona, la figura de una sierpe azul, de tres cabezas. Los romanos tomaron de los dacios, cuando los conquistaron, la insignia del dragón para sus cohortes así como el águila lo era de sus legiones. Parecer dragones les era caro a los romanos de Trajano, y de los dragones figurados se dice en el romance de Athis:

> **Ce souloient Romains porter,**
> **Ce nous fait moult a redouter.**

De ahí la moda de cuerpos de dragones en todos los ejércitos: Al enemigo, antes que matarlo, hay que imponerle miedo.

Los políticos trepadores a toda costa, la lechigada de escritores con ganas excesivas de predominio intelectual, han heredado ese hábito de los guerreros imperialistas de antaño, y por ahí tropieza uno con cada perdonavidas o repartidor de puestos en la enseñanza pública, con cada enrevesado, caótico y oracular sujeto de letras, malcriado y falso, hechos cada uno un dragón, hechos cada uno un Agamenón, un Hamann. Herder se salvó de esa influencia. Más bien, la transformó, para sí, en cosa preciosa. Herder hubiera aprendido sencillez del mismo diablo que es león por el ímpetu, dragón por su insidia, según lo describe San Agustín: **Leo et draco; leo propter impetum, draco propter insidias.** De Hamann adquirió Herder, como quien saca miel de la boca de un león, como quien empolla de huevo de hidra un cisne, el sentido del elemento ingenuo en la poesía.

El elemento ingenuo en la poesía, no es fácil de discernir. Se parece a muchas cosas, a demasiadas cosas, y nos confundimos queriendo precisarlo. En la poesía popular abunda, en la poesía culta es virtud bien rara, la ingenuidad. En la poesía popular suele hallarse, con frecuencia, ligada a la vulgaridad, a la torpeza, a la chabacanería; en la culta se la confunde a menudo, cuando no con la bobería, la simpleza, la necedad y el desgarbo, con la prosa, con lo pedestre, con lo que no canta por más que se le ponga en números y también con la extremada preciosidad. No es ingenuidad lo sencillamente tonto, cuando no patán, de los versos de don Ramón de Campoamor. Tampoco es ingenuidad la exquisita sencillez de la poesía de don Juan Ramón Jiménez. Nada es tan engañoso, por sutil, como esta poesía. Una vez, en un rincón de lago de fondo negro, cuando el agua estaba hecha un cristal, un espejo, de tan callada, vi bogar un pájaro lenta y silenciosamente, duplicándose tan a lo vivo en el reflejo, que igual daba creer que el ave real fuese la imagen y la imagen la verdadera realidad. Y así boga, en música que es callada y oscura como agua de lago de fondo negro, agua hecha espejo, la idea de Jiménez, reflejándose en la música de tal manera, que la imagen, de tan nítida, parece ser la realidad intelectual. La verdadera ingenuidad es otra. La ingenuidad es aquella virtud incomparable, por ejemplo, de los versos de Martí. La ingenuidad es agua transparente más bien que espejada. La ingenuidad es agua limpia en día luminoso y sobre fondo claro. Ingenuos así halló Herder a Homero, a Shakespeare, a los romances castellanos. Esa fue la ingenuidad que Herder aprendió de Hamann a amar; la ingenuidad que se dedicó a buscar diligentemente en la literatura de su patria y en las extranjeras, hasta en la india; la ingenuidad que le enseñó a amar a Goethe cuando lo encontró en Estrasburgo y se inició entre ellos larga amistad fructuosa,—amistad por la que en este centenario de Goethe es de toda propiedad recordar a Herder.

Armado pastor protestante en Konigsberg, imbuido en las influencias que hemos dicho y que tan admirablemente supo aprovechar, Herder se trasladó a Riga, a ejercer de maestrillo,—naturalmente,—en la escuela de la catedral, y a hacer práctica en el servicio pastoral de esa iglesia. En Riga, ciudad comercial, ciudad próspera, Herder la pasó relativamente bien. Ya desde antes había hecho versos; en Riga versifica más que nunca. Dejemos pasar sin mayor advertencia los versos de Herder. Aspiraba a capturar en ellos la ingenuidad que adoraba, más no pasó de versificar tan mal como por ejemplo Montalvo, o don Marcelino Menéndez Pelayo. **Non raggionam di lor.** Versificar era para Herder lo de menos, aunque no sé cómo me atrevo a decir tánto. Los versificadores toman muy en serio esa labor, aunque la hagan pobremente; y aún pareciera que mientras más pobremente lo hacen, más seriedad le ponen al asunto. Como en tierra seca hay que cavar muy hondo para hallar aguas y tener pozo, así se taladran hasta el alma los que no tienen el don de poseer fuente natural a flor de sí. Sé, por largo trato que he tenido con gente esforzada en hacer versos, que la poesía les duele amargamente. Pero a Herder en esa época tal dolor no era para hacerlo desgraciado. Ingenuo soñador, enamorado del mundo que por el momento le sonríe, Herder, en Riga, se trazó plan de los libros que iba a escribir, se esbozó porvenir hermoso, de labor y de triunfos. En el 1767 publi-

có su **Fragmente über die neuere deutsche Literatur** que lo hizo famoso y le atrajo,—segura consagración jamás mejor merecida,—la atención de Lessing. La dulzura de la gloria se le agrió pronto: Tan alto van sus alas y tan brillantes son, que se prestan de blanco a muchas flechas. Abundan quienes parece que Dios los hiciera para flechadores despiadados: No pueden ver volar águila ni gorrión sin tender el arco y disparar en contra de lo que vuela. De estos está hecho el mundo. Estos le dieron sinsabores sin cuento al pobre Herder. ¡Eso de que maestrillos de escuela se metan a pensar con originalidad y se pongan a revisar valores consagrados por los mediocres! En Riga como en Heredia de Costa Rica. A Herder lo acusaron de burlarse de lo ortodoxo en religión, que era entonces como acusar ahora y aquí, a uno que enseña en las Escuelas del Estado, de hablar por radio en contra de los vicios del sistema capitalista. ¡La cosa es seria, viejos! Pero el muchacho tímido a los dieciocho años, ahora, a los veinticinco, sueña vastas cosas. Ha florecido en él la influencia de Rousseau; han madurado en él sus deseos de cuando estaba en la escuelita primaria de Mohrungen; ha probado los **hors d'oeuvre** del éxito, y se siente con fuerzas para reformar la vida social de Livonia por medio de mejoras en los métodos de educación. Y con esta idea que le anima y le aviva, proyecta en el 1769 largo viaje a Francia, a Inglaterra, a Holanda, a Suiza, a Italia: A ver todo el mundo, a estudiar los sistemas de educación vigentes en todos los países. Y, en efecto, se embarca ese año para Francia.

Una noche, en este viaje, mientras está sobre cubierta dejándose mover el espíritu por la música del mar, hundido en sus pensamientos favoritos, concibe la luminosa idea suya de la génesis de la poesía y de su desarrollo, y de la evolución gradual de la humanidad. Ha estado meditando en la **Iliada** y la **Odisea,** en Osián que cree auténtico, en Shakespeare, en las **Reliques** inglesas de Percy, en los romances castellanos del **Cid.** ¡Lástima que Herder no fuese económicamente independiente! Se le ofreció la oportunidad de acompañar en sus viajes al joven príncipe Eutin-Holstein, y dejó para otra época, que nunca había de llegar, su visionario deseo de la reconstrucción social de una provincia rusa por medio de la escuela. Pero tuvo compensación amplia. Los viajes del príncipe Eutin-Holstein lo llevaron a Estrasburgo. Allí conoció a Goethe.

Fue Herder quien influyó en Goethe, que no Goethe en Herder. Hay la creencia, muy tonta por cierto, de que quien influye es necesariamente el más fuerte, el más capaz, el superior. Curioso resulta, pues, cuando estudiamos el desarrollo de las grandes mentalidades, hallar que los inferiores son más bien los influyentes. Conviene detenernos alguna vez sobre este punto y meditarlo con mayor espacio. Demasiado acostumbrados a pensar sobre un patrón sexual, y para ello apurados por el prejuicio de que el macho posee y la hembra se deja poseer, cuando lo contrario es más bien lo cierto, fácil e irracionalmente llegamos a la conclusión de que quien influye ha de ser el más fuerte. Inconscientemente, toda cosa o la mayoría de las cosas, se nos presenta como un encuentro de los sexos. Desde pequeños, de cuanto es débil decimos que es femenino, de cuanto es fuerte que es muy hombre. Hasta para indicar, por ejemplo, que un cuadro bien pintado es excelente, nos valemos de esa fórmula de pensamiento, la fórmula que más empleamos y que ya es tiempo de cambiar por otras más adecuadas; y así decimos, cuando hablamos fuera del círculo académico, que el dicho cuadro bien pintado, o su pintor, es muy **güebón.** Dividimos el mundo en **güebos** y **naguas.** Pensamos en imágenes, y por eso nos es tan difícil ver realidades y apreciar valores debidamente. Si tomamos la imagen del mar y los ríos, en vez de la del macho y hembra, creo que estaremos más cerca de la comprensión exacta de este fenómeno de la mayor influencia de los inferiores sobre los superiores que de los superiores sobre los inferiores: El superior es como un mar adonde llevan sus aguas los inferiores, que son como ríos. Un Amazonas se mete hondo, influye, como si dijéramos, en el Atlántico. Dicen que a millas y millas de la costa la recta de su corriente se impone al ritmo circular del océano, pero sólo es para ser así mejor absorbido, captado más totalmente. Un Amazonas fue Herder, que desembuchó en Goethe cuanto desde monte arriba había ido recogiendo en su carrera monte abajo. El símbolo de lo grande no es el falo sino el mar. Como mar fue, quienquiera que haya sido el que compuso la **Iliada** que poseemos, como mar donde desembocaron incontables tendencias épicas; como mar fue Dante en cuya anchura y profundidad salobres y yodadas, vertieron sus aguas cuanto río y riachuelo de poesía hubo en la edad media. ¿Quién se pondrá a contar las influencias que obraron en Shakespeare? ¿Y en Milton? ¿Y en los grandes de Francia, en Moliére, por ejemplo? A éstos los menudos, los que no entienden, los estrechos de mollera, hasta por plagiarios los tienen. Aquellos que son absolutamente originales, aquellos sobre quienes nadie influye, aquellos en quienes ningún río desagua, esos generalmente son los pequeños. Claro está, es Guido Cavalcanti quien influye en Dante, que no Dante en Guido; es Ben Jonson quien pareciera enseñar a Shakespeare, que no Shakespeare a Ben; Ben y Guido comprendían muy bien su papel y no se quejaban, antes celebraban que sus mejores transformasen en genio su talento. Los pequeños suelen lamentarse amargamente. Hay cada pequeño por ahí que dice que un grande le ha robado,—¡contra Einstein qué de quejas no hay!—cuando debiera decir mejor que el mar se lo tragó, y mutis. Herder, pues, fue quien desembocó en Goethe, aportándole mucho. Goethe casi no pudo influir en Herder. Y cuando Herder veía que además de la suya obraban en Goethe otras influencias, tendía a irritarse, a entristecerse: Aguas que el mar se traga se vuelven amargas. Pero fue una gran cosa para Herder esa amistad con Goethe. En primer lugar, las ideas de Herder, que quizás hubiesen quedado sin quien las aprovechase, Goethe las aprovechó maravillosamente; en segundo lugar, Goethe, generoso, reconocido, y gran señor que era en su Olimpo de Weimar, protegió a Herder magníficamente, le excusó sus pequeñas contrariedades, hizo posible su fecundidad de escritor.

Herder se cansó de su príncipe a quien quizás nada le enseñó. Dos años anduvo con el de Eutin-Holstein, y no aguantó más. Enseñar a quienes no pueden aprender, a quienes no quieren aprender, exaspera. Nada tiene que vencer más diariamente un educador que esta tremenda frotazón con la ignorancia, con la dureza de cabeza. ¡Y a cuántos no les hace cáncer eso! De cáncer en el espíritu están enfermos la mayoría de quienes nacieron predestinados para enseñar. Con dolores agudos de su cáncer, Herder, en el 1771, dejó a su discípulo y aceptó el puesto de predicador de la corte y miembro del consistorio de Bückeburg. Y allí tiene nuevas congojas viejas: Los ortodoxos en religión le acusan de librepensador y le hacen herediana guerra. Y la carne se le enferma y le mortifica: Una fístula en un ojo le obliga a sufrir numerosas operaciones. Y el corazón se le destroza: En Darmstadt ha conocido, mientras viajaba, a Carolina Flachsland, y se ha enamorado de ella, pero no tiene con qué casarse. Entonces se subleva. Agriado, descontento, el soñador de grandes sueños a los veinticinco años, ahora, a los veintiocho, quiere pelear, rompe con el clasicismo, que era en otro plano, pero no menos peligroso, como en nuestros días romper con el sistema capitalista en éstas que Montalvo llamaba "repúblicas turcas", y se convierte en uno de los dirigentes del movimiento de **Sturm und Drag.** Con Goethe y otros de Darmstadt y Franckfort colabora en una brava revista—especie de **Repertorio Americano**—para la difusión de nuevas ideas. La lucha le asienta. Tanto valor cobra que en el 1773 se casa al fin. Tres años más tarde, cuando Goethe impera en Weimar, el gran poeta hace a su amigo predicador de esa corte. Allí ancla Herder. Es manantial perpetuo y Goethe no deja nunca de captarlo. Wieland es de su círculo. Jean Paul llega para estar cerca de él. Herder debió de haber sido feliz. Como predicador y socialmente goza de noble estimación. Llama amigas a mujeres superiores como la condesa de Bückeburg, como la duquesa de Weimar, como Frau von Stein. No iba a dejar de meterse en cuestiones de educación, y los muchachos del Gymnasium se encariñan con él como él con ellos. Pero sus mejores alumnos han crecido y son maestros por cuenta propia. El mejor de todos, Goethe, le supera inconmensurablemente. Estas cosas le hacen sufrir. Es, en cierto modo, el sufrimiento de la gallina aquella que empolló patitos. Su esposa es una de las grandes mujeres de la literatura: Le es consuelo perenne, dulzura contra sus amarguras, alegría contra toda su quejumbrosidad. Cuando ella enviuda, edita sus obras de él, escribe su biografía. Nunca le estorba, en todo le ayuda. Hombre de letras ni maestro jamás tuvo mejor compañera. Las esposas de los que nacieron para enseñar sabrán apreciar la grandeza de Carolina Flachsland y les recomiendo que

se encomienden a ella en toda aflicción como a una santa. Herder no cesa jamás de trabajar. En el 1778 y el 79 escribe su **Stimmen der Volker in Liedern;** en el 1782 y el 83 su célebre obra sobre la poesía hebrea, **Vom Geist der hebraische Poesíe;** del 1784 al 1791 se ocupa en su **magnum opus**, las **Ideen zur Philosophie der Geschicte der Menschheit.** Hemos nombrado sólo sus obras de mayor aliento. Traduce los romances del Cid. Se atarea, hacia el final de su vida, al igual que Lessing, con cuestiones especulativas de filosofía y teología, campos en los que espiga con atrevimiento tal que algunas de sus ideas, sostenidas con tesón, le cuestan amistades—la de Jacobi, la de Lavater, ¡hasta la de Hamann, de quien se ha libertado por completo! Lleno de planes literarios la muerte le da descanso en 18 de diciembre del 1803. Cuando, del 1852 al 54, se publica la segunda edición de sus obras completas, sus escritos llenan sesenta volúmenes gruesos. La lectura de ninguno de esos tomos es indispensable, pero por espíritu piadoso ojalá nunca falte quien lea a Herder. De repente se halla uno en él con una veta no explotada, por más que todo su oro como que ya anda, acuñado, por el mundo,--acuñado con efigies que no son la suya. Herder no era artista. Sólo la obra del artista perdura en su identidad. Sólo la obra de arte sobrevive sin trasmutaciones. De la obra de Herder nos queda poco que hablar.

Lessing había iniciado la edad de oro de la literatura alemana; fue quien le dio el primer impulso a la formación de una cultura autóctona, haciendo burla a quienes venían empeñándose en hacer en alemán versos franceses; pero Lessing lo que predicaba y de veras quería, lo que ansiaba ver con ansia de Moisés por la tierra prometida, era un renacimiento de cultura clásica en Alemania. Herder, profeta del romanticismo germano, concibió una noche, en el mar, la idea de que la literatura y el arte, junto con el idioma y la cultura nacionales, se desarrollan en proceso natural, y que la vida intelectual y sentimental de un pueblo está en relación muy estrecha e indisoluble con las peculiaridades de su temperamento físico y de su ambiente material. Así origina el método genético o histórico que después de él ha sido aplicado a toda idea y a toda institución. Herder, pues, fue evolucionista; pero mucho pesó en él la influencia de Rousseau, y al recorrer hasta sus vertientes la corriente de los triunfos de la civilización, y al llegar así a los impulsos que datan de los albores de la cultura primitiva, Herder, en vez de darles mayor importancia a las últimas etapas del desarrollo humano, se enamoró de la sencillez y de la espontaneidad de los impulsos que por ser los más antiguos parecen ser los más auténticos, los de mayor valor. Herderianos son, por ejemplo, quienes creen que la Iglesia en los primeros siglos fue más santa que lo es hoy. Herderiano era Aldous Huxley cuando escribió aquel **Cantar del primer filósofo** que dice:

A poor degenerate from the ape
Whose hands are four, whose tail's a limb,
I contemplate my flaccid shape
And know I may not rival him...

Con ello y todo, gran valor tiene el método histórico que Herder implantó en la literatura y en la ciencia y que él mismo llevó a los campos del arte, de la religión, del idioma, y luego, a la cultura humana considerada en su totalidad. Le tocó vivir entre titanes y por ello es fácil olvidar que fue un gigante intelectual. Goethe le ha echado sombra que lo deslustra. Reconozcamos que fue al lado de hombres como Herder que Goethe descolló, y veremos entonces qué colosal era el poeta. Lessing, decíamos, ridiculizó a los empeñados en hacer en alemán poesía francesa; Herder, por las razones que hemos expuesto, fue más allá y ridiculizó a quienes pretendían hacer copias en alemán de los clásicos griegos. Herder predicó que la poesía es una especie de Proteo que cambia de forma según los pueblos, según los usos y las costumbres, según la índole y el clima, y hasta según el acento, de las naciones. Esto lo explica con Homero en la mano y con Osián—en cuya autenticidad decimos que creía—y con Shakespeare. Traduce en apoyo de su tesis a los indios y a los groenlandeses, a los escoceses y a los españoles. En los **Fragmente** quiere nacionalizar la poesía alemana, librarla de toda influencia extraña, hallarle el alma propia suya. Así le aparejó el camino a su amigo y protector. Demasiado enamorados del clasicismo fueron Lessing y Winckelmann, y Herder trató de corregir sus excesos; para ello escribe, en el 1769, su **Kritische Walder;** para ello publica, en el 1778, su **Plastik,** obras en las que, basándose en su principio de la idiosincrasia nacional, arguye en contra del arte clásico de tipo invariable, válido para todos los pueblos y todos los tiempos. En apoyo de su tesis fue también que descubrió y expuso las excelencias admirables del arte gótico. Fue el primero en considerar distintas la escultura y la pintura, hallando en ésta valores que son fundamentalmente visuales, y en aquella valores básicos que corresponden al imperio del tacto. En cuanto a apreciaciones, él es quien despierta ese interés en la obra de Durero, que no ha menguado jamás desde que Herder señaló su grandeza. Casi al mismo tiempo que Lessing, Herder descubre el tesoro maravilloso de Spinoza,—de quien Hume había dicho que era autor de "hideous hypothesis",—y en el **Einige Gesprache über Spinoza's System** convierte la atención de los teólogos liberales hacia la **Ethica** inmortal. A Hume lo combate una vez más: Contra la noción del escocés que la religión nace del miedo, del temor, de los terrores del hombre, Herder expone brillantemente la teoría de que la religión representa más bien los primeros esfuerzos de la especie humana para explicar los fenómenos de la naturaleza (en lo que hoy se basan muchos para creer terminada la tarea de la religión, por causa de la **ciencia,** conclusión que sería aceptable si la ciencia de veras condujese a la verdad derechamente en vez de vivir, la pobre, tropezando, y de hallarse, la loca, a punto de perder por completo los estribos y de mandarnos a todos a los diablos). Pasemos en alto los presentimientos que Herder tuvo de cosas que Darwin y Spencer harán lugares comunes años más tarde. En **Kalligone,** del 1800, Herder atacó la **Kritik der Urteilskraft** de Kant, pues para Herder, en quien Platón ha influido no en vano, lo bueno y lo bello son idénticos. Con los poetas de Weimar riñe a menudo, porque idolatran la forma: Para Herder el contenido del arte valía mucho más que su expresión, y por arte entendía él el conjunto de los sentimientos y de la vida de la humanidad: Herderiano fue Heredia, príncipe de la forma perfecta, cuando, en su discurso de ingreso en la Academia Francesa, dijo que "la poesía verdadera reside en la naturaleza y en la humanidad, que son eternas, y no en el corazón del individuo, criatura de un día, por grande que sea". ¿Y qué más diremos, para terminar este esbozo de la figura magnífica de Herder, sino que creía en Dios y que detestaba a Hegel por ateo?

Y a propósito de esto de creer en Dios, me acuerdo en este instante de una de las más célebres de las ridiculeces de Victor Hugo. No tiene nada que ver con Herder precisamente, pero vale la pena recordar la anécdota. Cuenta Henry Adams,—el más civilizado de los yanquis,—que cuando conoció al gran poeta francés lo halló rodeado de damas, todas cachondas, todas un tanto jamonas, echadas en el suelo a su redor. Reinaba un augusto silencio de adoración, un silencio especie de incienso. De pronto Hugo dijo **"Quant a moi, je crois en Dieu".** Con lo que, con voz chillona, una de las jamonas y cachondas damas exclamó **"Chose sublime! Un dieu qui croit en Dieu..."** Hugo amó al mundo y el mundo supo corresponderle; amó a la humanidad y la humanidad lo ha amado. Herder no tuvo tal suerte. Que Herder creyese en Dios más bien irritaba a cierta gente: A los hegelianos, por ejemplo. Los demás lo hallaban la cosa más natural del mundo...

Persiles

Puntarenas, abril, 1932.

Carta del director de la revista "Cervantes"

Manizales, abril 1.°, 1932.

Señor J. García Monge,
San José (Costa Rica).

Mi distinguido amigo:

Le acompaño un bellísimo poema de Antonio García, cuyo nombre intelectual no debe de ser desconocido de usted ni de ninguno de los lectores de esa tribuna de América que es Repertorio.

Antonio García es una de las mentalidades jóvenes colombianas, más inquietante. No sólo como poeta sino como dramaturgo, ya ha dado bastante que hacer a la crítica. Este muchacho, que por sobre todo es un bello espíritu, se propone revolucionar el teatro tradicional (si es que tenemos alguna tradición en este sentido); pretende volver al teatro antiguo; resucitar el coro griego y hacer del teatro, más bien que una diversión para los sentidos en que se explotan sólo movimientos mecánicos, exteriores, sin interpretación espiritual, un espectáculo puramente interior, emotivo, aparte de una cátedra revolucionaria. Naturalmente, esto requiere una larga educación, no sólo de parte de los autores y actores sino del público.

Como temperamento revolucionario, Antonio García es una de las figuras jóvenes más prometedoras que tiene este país. Es un convencido de sus ideas y las expone con una honradez y una sinceridad absolutas. Es ésta una de las facetas dominantes en este muchacho, tanto más exóticas cuanto que en los momentos actuales de nuestra America, cuando se quiebran todos los valores éticos, es difícil encontrar hombres que no estén contagiados de cobardía.

No me extiendo más porque mi ánimo era sólo presentarle a Antonio García.

Servidor y amigo,

Arturo Zapata



Antonio García
(Apunte de *Ramón Barba*)

Poema puro

Para *León de Greiff*

Amé como casi todos los hombres
a una buena mujer
de alma inmortal y cuerpo puro. Cuerpo
que habían llenado todas las bocas
de sus fugaces raíces, de sus raíces inútiles.
Y yo la quise para mí!
La quise flotante en su red de raíces
como recién salida de un río estancado en un bosque.
Para poner en el tesoro intacto de su vientre
la sangre espiritual de mis hijos:
mis hijos profetas,
mis hijos locos,
mis hijos grandes sin hambre y sin amor.
Yo la quise para mí:
en su boca se sentía la forma frustada entre el espíritu embalsamado
del aliento,
como si se saquease el cadáver de una princesa.
Sus brazos escondían
como los velos sutiles color de rosa pálida,
la aristocracia de los huesos vírgenes.

Yo la quise para mí!

Recogía entre mis manos su cabellera tibia,
dorada y blanca—
dorada y tibia—
blanca y fría—
como un lugar solo, un sitio vacío,
donde se hubiese quedado muerto
un paisaje de sol y luna...

Sus caderas se abrieron
como las barcas que se llenan de agua,
agua de mar, agua salada
que beben los náufragos al gritar;
agua amarga.
Pero yo besaba sus caderas rotas
para reconstruir la forma pura
sobre el ritmo descuajado, sin voluntad.

Sus senos desbordados,
hojarasca primaveral,
se fueron labrando como una escultura de Job
en yeso sensible,
en marfil vegetal, así era fresca,
en hueso brillante.
Sus manos largas, cansadas, flacas,
amarillas, finas,
se hicieron dóciles y confiadas
como los ciegos conducidos por un niño.

Sus manos sabias no habían aprendido a morir.
Y habían acariciado las llagas y los vestidos de los hombres
cuerpo grotesco del espíritu.
Sus manos sabias se habían salido de la carne
como las manos de los ahogados, que quedan fuera del agua
agarrándose del hueco infinito por donde ellos vieron el cielo,
el cielo viejo y desconfiado como los animales nostálgicos.

Sus manos sabias no podían querer:
se alargaban a todas las sombras igualmente
como los ojos de los perros locos.

Por eso la quise para mí:
porque ella no esperaba a nadie.
Se echó en mis brazos y no me dijo: «has llegado».
No me dijo nada,
porque quizá ella me esperaba a mí!

Ella tenía la carne virgen
amedrentada al rededor de su sangre,
como un rebaño intacto al rededor de una hoguera.
Su carne brotó cuando yo canté mis canciones aurorales,
mis canciones puras,
de vagabundo que aprende en todos los pueblos las canciones de fiesta.
Su carne salió a oírme
como una novia campesina, al balcón verde, claro, vegetal.

Yo sabía canciones bellas
que inventé para que bailaran las mujeres tristes.
Las aprendí callándome,
con el oído pegado a mis venas
como una conchita recogida en el mar.

Igual que un pájaro enjaulado que se pone en el viento nuevo,
ella no sabía si reír o llorar.
Y reía con un afan miedoso de perder la risa.
Y lloraba con un miedo afanoso de no volver a llorar.
Se le atajaba la risa
y las lágrimas,
y no se atrevia a caminar
hacia este mundo pequeñito, mío y maravilloso,
que empezaba en una canción...

Amé como casi todos los hombres
a una buena mujer de cuerpo puro:
pero ella no tenía el alma inmortal!

Popayán, Colombia.

Antonio García

Estampas

La politiquería envalentona el aldeanismo, suelta el ganado filisteo

= Colaboración directa =

Aldeanismo, filisteísmo. Observemos los sucesos que empequeñecen la vida de un pueblo hasta colocarlo en un plano de chabacanería e incultura. Todos revelan el predominio de una casta de profundas limitaciones. La estrechez le da chatura. Aldeanismo, filisteísmo, en suma.

¿Quién no tiene de cerca esos sucesos? No pasa día sin el aullido precursor de las incursiones regresivas. De pronto es la Educación de un país el campo de señorío de la casta filistea.

Hay una institución seria influída del espíritu grande que da a la obra humana permanencia. Trabajan en ella hombres y mujeres con un sentido severo de la responsabilidad. Aspiran a que la institución crezca por el influjo de todas las corrientes de cultura. Buscan anhelantes esas corrientes. Saben que en otros puntos del mundo las mismas preocupaciones por redimir al hombre de la ignorancia están llevando reflexión a mentes trabajadoras. Luchan contra una tiniebla que se vence con la cooperación. Por eso muestran grandes inquietudes y no cierran el aula a la discusión fecunda. Luz pide el aula y todas las auroras deben encontrarla de par en par. Cada una traerá su rayo y su calor. Y los dejará sin violencias, sutilmente, tal como debe recibirlos el alma ansiosa.

Pero el aldeanismo es estridente y no mira impasible ninguna obra de cultura. ¿Para qué sirve la cultura? ¿Con qué propósito trastornar la quietud de los espíritus? No puede el aldeanismo cruzarse de brazos, imponerse silencio. Habla, mueve la aldea. Quita portones y suelta el ganado filisteo. La institución que pretende desenvolverse dentro de la más grande amplitud siente enseguida que el ganado filisteo le sale al paso, feroz e irrespetuoso. Nada de abandonar la tradición que ha señalado una Educación que también cuadra con el instinto filisteo. Pensar que otras naciones trabajan por la cultura en una forma que no pueden olvidar las instituciones que no son centros de investigación, es delito que el aldeanismo no pasa sin condenatoria. Se echa contra la institución preocupada y la acusa de necedades. Sin capacidades para concretar una acusación severa enreda el aldeanismo el escenario político con habladurías y mentecateces. Sabe que la politiquería acaba con la obra seria. Pues a que la politiquería malogre el esfuerzo de la institución que no tiene devoción por ella. El aldeanismo maneja los hilos de esa tramoya envilecedora y pudre el retoño de una Educación retrasada e irrespetada. Conoce que en todas partes los hombres están medidos por el mismo racero y al dar el aullido oye la respuesta colectiva.

En vano los hombres y las mujeres que han aunado sus esfuerzos por el anhelo de crear la institución que desaldeanice, que desfilisteíce, buscan apoyo en la conciencia viva de un país. La tiniebla es más fuerte que la balbuciente institución. La politiquería extiende su ponzoña a la altura del aldeanismo y le grita que la use en la destrucción. No pueden los hombres y las mujeres de la institución de cultura matar la maldad que las fuerzas ruines desatan contra ella. No tienen respaldo. Han arado en el mar. La casta de profundas limitaciones conoce cuán fácil es entablar la lucha y dominarla. Ahora inventa contra la institución lo que se le ocurre. ¿Qué sabe esa casta de lo que el mundo va dando a la humanidad para que se redima? Y sin embargo, alza la voz y quiere hacer sentir que está al tanto del movimiento social o del científico. El aldeanismo no concibe que existe fuera de su agujero ni siquiera otro espacio de mejores proporciones. Chatura por todos los costados. Y chabacanería.

Y asaltada por esa casta aldeana y filistea no puede resistir ninguna institución de cultura. País que la padece es país en donde la regresión se señorea. Se llena el alma reflexiva de una gran indignación cuando la miseria de esa casta se echa jadeante contra los hombres y contra las mujeres de visión amplia. ¿Cómo es posible que la flaqueza humana degenere hasta la invención de calumnias para dañar la institución que un país tiene dándole prestigio? A esa institución han llevado estudio y pensamiento muchos hombres desinteresados. Y sin embargo, los politiquerillos que hacen feudo de todo, que no han dado ni siquiera un libro para la biblioteca, alzan gritería y en nombre de la salud de un país, piden exterminio contra los que trabajan por la institución. ¿De qué salud hablarán estos personajes y personillas? Salud, hablar de salud precisamente mientras se niega a gente de legítimas aspiraciones su derecho a regir la institución honrada. Estos médicos de la salud de los pueblos son detestables. Han establecido sanatorios y abrogádose poderes que el azar político coge y desparpaja, recluyen dentro de ellos la salud de los pueblos. Y en la reclusión desgraciada acaban en el sepulcro los pueblos. Y porque en verdad hay personas que sí aspiran a que no se pudra esa salud, a que se oxigene, a que se limpie de taras funestas, el filisteísmo se revuelve y pide exterminio.

Ninguna institución de trascendencia deja libre de su influencia el aldeanismo aliado de la politiquería. Hoy denigra la institución de cultura y mañana puede ser la de higiene o la de hacienda que estén realizando en un país labor constructiva. No tiene freno en su desbocamiento. Para eso se ha aliado con la politiquería y la ha hecho imponerse sobre los principios de gobierno fecundo.

El espectáculo terrible es el que dan los pueblos con su incomprensión. ¿Qué hacen cuando el aldeanismo pretende cerrar al influjo de las mentes honradas los centros de cultura? No los ve nadie tomar actitud varonil. Hablamos, desde luego, con el pensamiento puesto en los países de la América nuestra. Quisiéramos verlos con mejor vigilancia, con más comprensión de sus hombres. No es posible la indiferencia en esta lucha grande de la regresión contra el avance. ¿Por qué tolerar que la maldad les haga invivible la vida a unas personas que estudian, que se desvelan porque los pueblos adquieran conciencia de su libertad? ¿Por qué no comprender que el estudioso es ser que necesita rodearse de estimación, de cariño? En estos medios tan hostiles a la cultura el desánimo se apodera muy pronto de aquellos que no ven estímulo. Pues si queremos que un país tenga quien piense y quien sienta sus grandes problemas, no llevemos el desánimo a los corazones que estudian. La politiquería envalentona el aldeanismo, suelta el ganado filisteo. Si no hay respeto para ninguna actividad constructiva, entonces sólo nos espera el páramo aterrador.

Sobre todo, debemos matar las limitaciones. Elevar a un plano nacional, sacándolo, de lo local o aldeano, el negocio trascendental. La Educación es uno de esos grandes negocios de un pueblo. Si el aldeanismo se cree con privilegios, derivados de la politiquería, para incursionar dentro de sus campos, la obra de regresión se cumplirá. La estrechez no maltrata al falto de aspiraciones. Pero al que tiene un panorama de luz no puede interponérsele ceñidor. Guerra tenaz contra las limitaciones. Ampliar todo lo que la mente necesite. Limpiar de ataduras la conciencia. Ninguna arruga debe encogerla, porque el resultado es un encono salvaje contra aquellos que sirven sinceramente a un país dándole saber y pensamiento. El aldeanismo con poder es fuerza de destrucción. El mayor servicio que puede prestar el educador es el de acabar con el aldeanismo que es filisteísmo. Por muchos confines responde acorde cuando oye la nota que le pone a vibrar la cuerda ronca del instinto. Y porque es instinto es también chatura. De una alianza tan áspera no aguarde un país recibir redención ninguna. Regresión y sólo regresión es el castigo a que lo condena ese volumen tan crecido de lastre. Si hay aspiración al avance, entonces el camino debe recibir amplitud. El aula debe seguir abierta de par en par. No puede el aldeanismo escalar la pared para condenar el espacio por donde penetra fecundante una luz regada por caudas de muchas constelaciones.

Juan del Camino

Costa Rica y abril de 1932.

A propósito de Herder...

(Viene de la página 225)

nor escala, con más o menos frecuencia, estas alternativas de atracción y repulsión, pocos son los que en este punto pueden dominarse realmente; muchos los que sólo en apariencia lo logran. Por lo que atañe a Herder, sin duda el predominio de su humor contradictorio, amargo, hiriente provenía de su enfermedad (1) y de los sufrimientos que le ocasionaba. Esto ocurre frecuentemente en la vida, y no se tiene en cuenta lo bastante el efecto moral de las enfermedades, juzgando así muy injustamente a algunos caracteres, porque se supone sanos a todos los hombres y se exige que como tales se comporten.

Mientras duró la cura visitaba yo a Herder mañana y tarde—a veces pasaba días enteros con él—y pronto me acostumbré a sus malevolencias y censuras, porque diariamente apreciaba mejor sus bellas y altas cualidades, sus vastos conocimientos, sus profundos puntos de vista. El afecto que producía este bondadoso fanfarrón era grande e importante. Tenía cinco años más que yo, lo que en edad juvenil es ya una gran diferencia; y como reconocía su valer, como estimaba lo que yo había hecho, era natural que adquiriese una gran superioridad sobre mí. Sin embargo, mis relaciones con él no eran nada agradables, pues hasta entonces las personas de más edad con quienes había tratado habían procurado influir sobre mí, guardándome grandes consideraciones, y acaso me habían echado a perder guardándome excesivas condescendençias; en cambio con Herder no había manera de conseguir su aprobación, hiciese lo que se hiciera. De este modo estaban en perfecta pugna, de una parte el afecto y el respeto que por él sentía y de otra la desazón que me causaba, y esto produjo en mí una escisión, la primera de este género que sentí. Como sus conversaciones eran siempre sustanciosas, ya preguntase, respondiese, o se excusase en cualquier otra forma, me sugería nuevas ideas todos los días y hasta a todas horas.

No es posible ni comprender, ni exponer el movimiento que había en aquel espíritu, la fermentación de aquella naturaleza. Pero grande tenía que ser lo que encerraba, lo que se conocerá fácilmente en lo mucho que trabajó y produjo durante muchos años después.

Herder, que siempre se fijaba mucho en los libros, porque a cada momento podía necesitarlos, desde la primera visita advirtió mi hermosa colección de clásicos; pero pronto observó también que no los utilizaba; y enemigo como era de toda apariencia y ostentación, me lo echaba en cara siempre que tenía ocasión.

Yo acogía todo esto con ardor, y si yo era vehemente para recibir, él era generoso en dar, por lo que pasamos juntos las más interesantes horas.

Si Herder hubiera sido más metódico hubiera sacado una guía preciosa para seguir de un modo duradero el camino de mi formación; pero era más inclinado a examinar e incitar que a dirigir y a guiar. Así fué quien primero me hizo conocer los escritos de Harnan, a los que daba gran valor. Pero en vez de informarme sobre ellos y hacerme comprender la manera e intenciones de este extraordinario espíritu, le servía de diversión ver los trabajos que yo pasaba para entender aquellas hojas sibilinas.

(1) Enfermedad de los ojos.

Conservaba aún una repugnancia invencible, resultado de la influencia de Behrisch, a ver impreso algo mío. Mi trato con Herder no había hecho sino convencerme plenamente de mi insuficiencia, llegando hasta infundirme una cierta desconfianza de mí mismo.

Los ensayos de este hombre incomparable (1) acerca de la historia de las ciudades habían aparecido en las Hojas de la Inteligencia, de Osnabruck, y a mí me había llamado la atención sobre ellos Herder, atento a cuanto sobresalía en su tiempo, particularmente en letras de imprenta.

Goethe

(En *Memorias de mi vida.* «Colección Universal». Espasa-Calpe. Madrid. 1922.)

Volvimos a Herder y le pregunté a Goethe cuál de las obras de este escritor le parecía la mejor. Sus Ideas Sobre la Historia de la Humanidad—me respondió—son, sin duda, lo mejor.

Al tratarse de lo que había extendido en Alemania en los últimos cincuenta años la cultura de la clase media, Goethe dijo que más que a la influencia de Lessing, se debía ello a la de Herder y Wieland.

¿Qué quedaba aún vivo en la infancia, en el pueblo, propiamente dicho, de nuestras viejas canciones, muy bellas también? Fué necesario que Herder y sus antecesores las coleccionaran para salvarlas del olvido; así, por los menos, podía hallárselas impresas en las bibliotecas.

Juan Pedro Eckermann

(En *Conversaciones con Goethe.* «Colección Universal». Espasa - Calpe. Madrid, 1920.)

(1) Justus Möser.

Testimonio

Esta virtud (la beneficencia y liberalidad) tiene dos medios: uno los servicios que se hacen por los menesterosos, y el otro el dinero. Este último es más fácil, particularmente a los ricos; pero el primero es más noble y glorioso y más correspondiente a un hombre grande y esclarecido. Porque aunque en los dos hay igualmente un deseo generoso de hacer bien, con todo, lo uno se saca del bolsillo y el otro de la virtud. La largueza que se hace de la hacienda, agota la misma fuente de la liberalidad y se destruye a sí misma: porque cuanto más se comunica, tanto más se imposibilita de comunicarse a otro. Al contrario, los que fueron generosos y liberales con su virtud y su propia actividad, en primer lugar tendrán otros tantos que los ayuden a hacer bien en todos aquellos a quienes han favorecido, y además, con la costumbre y ejercicio de su beneficencia se hallarán más bien dispuestos a emplearla en otros muchos. Con razón reprende Filipo en una carta a su hijo Alejandro el pretender conquistar con dádivas los corazones de los Macedonios. ¿Qué mal pensamiento (le dice) te ha hecho concebir esperanzas de que hallarás fidelidad en esos que corrompes con dinero? Acaso intentas que te tengan los Macedones no por su rey, sino por su tesorero y proveedor? Dijo muy bien tesorero y proveedor, por ser indigno de un rey; pero dijo mejor en haber llamado a la dádiva corrupción, pues se hace de peor condición el que recibe una vez y se enseña a esparar lo mismo en otras ocasiones. Esto amonestaba él a su hijo; mas pensemos que se ha dicho para todos. Y así no queda duda alguna en que la liberalidad que procede de los favores y servicios es más honrosa, más amplia, y puede aprovechar a muchos más sujetos.—Cicerón. (Los oficios. Lib. II. Cap: XV).

Fuerza

= De *Luz*. Madrid =

(Siga con el artículo *Azaña*, en la página de enfrente)



Francisco Pi y Margall

Era un hombre de condición modesta; en su tierra se ganaba la vida dando lecciones; aprendió el latín; escribió un libro de prosa desmelenada y romántica; hizo trabajos de historia y de arqueología. Como en su tierra no había bastante campo para la acción, se vino a Madrid; traía en la maleta dos dramas góticos; no sabemos si ya en la capital de España se metería por los lóbregos pasillos de los teatros y llegaría hasta los cuartos de los actores, y si en los cuartos de los actores hablaría con unos y con otros, sufriría palabras desabridas, se vería preterido ante cualquier autorcillo de poca monta y llevaría tremendos desengaños. El hecho es que lo vemos dedicado a la profesión del foro, que es otro teatro. Y también le tiraba la política. A la política se entregó en cuerpo y alma. Trató de crear en España un partido republicano federal; la federación le entusiasmaba; hasta 1869 todos los republicanos que había en España eran federales; no los había de otra traza. Decimos mal: dos existían unitarios; están sus nombres en todas las historias. Se llamaban Julián Sánchez Ruano y Eugenio García Ruiz. Nuestro personaje logró formar en España un gran partido federal. En 1854 empezó a publicar por entregas un libro revolucionario; la autoridad no le dejó continuar cuando iba a publicar las entregas del segundo tomo. ¿Y qué hizo él? Pues dar en su casa lo que faltaba del libro en forma de conferencias. Dar conferencias en un cuartito de la casa número 9, 11 y 13 de la calle del Desengaño es cosa peregrina. La casa se llenaba de gente; mucha de esta gente no podía entrar en el cuarto y estaba discutiendo y armando bulla en la escalera. Tampoco esto lo podía permitir la celosa autoridad. Las conferencias se acabaron. Nuestro hombre continuó actuando en política. Las cosas fueron siguiendo su rumbo natural; rumbo que en tiempos de Isabel II era el del abismo. Se produjo la revolución de 1868; luego vino la República. ¿Quién es tan osado que se burla de aquella pobre República? ¿Quién falsea la verdad? Aquella República se encontró al ser implantada nada menos que con dos guerras: una, la carlista, y otra, la de Cuba. El Tesoro estaba arruinado; las costumbres políticas eran execrables. Con todo tuvo que luchar la pobre República. Si no se hizo más de lo que se hizo fué por lo que verá el curioso lector en el párrafo siguiente.

Nuestro hombre fué presidente del Poder provisional y ministro de la Gobernación. Se pasaba los días en el caserón que hay en la Puerta del Sol; allí comía y allí dormía. Comía un modesto bisté que le llevaban de un café próximo; lo pagaba él, y seguramente daría buena propina al camarero. Había que luchar entonces con dos extremismos: el de la derecha y el de la izquierda. Se propuso el ministro y presidente luchar; pero le faltaban medios para la batalla. Los pidió a las Cortes. Pidió que le concedieran la facultad de tomar "todas las medidas extraordinarias" que se necesitaran para mantener la paz.

Ante tal petición, las izquierdas de la Cámara gritaron desaforadamente. Publicaron todos los diputados izquierdistas—y además los del centro—un manifiesto al país en que entre otras cosas se decía: "En ese proyecto de ley se autoriza al Gobierno que preside el señor Pi y Margall para destruir todo el derecho escrito y para sobreponerse a los derechos individuales, que son, según nuestro dogma, superiores a todos los poderes". Ocurría esto el 2 de julio de 1873. El día antes el ministro de la Gobernación había dirigido a los gobernadores una circular en que se les mandaba que no consintieran "bajo ningún concepto que en periódico ni publicación alguna se defendiera la causa de don Carlos" y suprimieran el periódico a la tercera infracción. La Cámara había votado la autorización que el presidente pedía; podía don Francisco Pi y Margall proceder con energía, con decisión, con dureza contra los perturbadores de la paz en la República; podía acometer la tarea de consolidar la República. Y la República, meses después, bajo la presidencia de Castelar, se derrumbó. No hubo energía, decisión, arrojo para defenderla. ¿No se contaba con medios para defenderla o no había en los hombres firmeza y decisión para hacerlo? Siendo don Francisco Pi y Margall presidente del Poder ejecutivo y ministro de la Gobernación se vió asaltado por los deseos vehementes de sus correligionarios, que le pedían que por sí mismo, con independencia de las Cortes, implantara la federación en España. No lo hizo; retrocedió ante el necesario golpe de Estado. Y caída la República, un año después, en 1874, don Francisco se preguntaba: "¿Hice bien? Lo dudo ahora si atiendo al interés político; lo afirmo, sin vacilar, si consulto mi conciencia". No puede de ningún modo plantearse un político ese dilema; no puede poner, como hacía varón tan austero cual Pi, en un platillo de la balanza su conciencia y en el otro el interés público, es decir, el interés de la Nación, o sea el bien de millones de hombres. Frente a los millones de ciudadanos no debe valer nada el voto y la conciencia de un político. Si don Francisco se planteaba un dilema en el caso referido, no abrigaba duda ninguna en lo que toca a la consolidación y defensa de la República.

Creía Pi y Margall que los hombres de 1873 no habían sido enérgicos en defender las instituciones republicanas. Hemos citado ya su frase memorable en 1893, veinte años después de la caída de la República. Es un espectáculo de nobleza y de dignidad el ver a un hombre reconocer su propia falta. Don Francisco Pi y Margall va a hablar de la República de 1873 y tiene que juzgar con dureza a aquellos hombres; uno de aquellos hombres era él; Don Francisco dice: "Los que la regían eran débiles hasta el punto de temer las manifestaciones del pueblo, y harto respetuosos de las leyes para tiempos en que se hacía necesaria una pasajera dictadura". La ley votada en Cortes tuvo en su mano uno de aquellos hombres débiles; con ella pudo, sin temor a que cualquier jurisconsulto le llamara tirano o dictador, defender con decisión la República. Y no lo hizo; fué demasiado respetuoso con la ley; respeto que sirvió para que la República cayese y volviera la Monarquía.

No quisiéramos que dentro de unos años alguno de los dos grandes jefes de la opinión republicana, Alejandro Lerroux o Manuel Azaña, se sentaran ante su mesa y—caída la República por falta de energía en sus hombres—pudieran, con profunda tristeza, escribir: "Los que la regían eran débiles hasta el punto de temer las manifestaciones del pueblo, y harto respetuosos de las leyes para tiempos en que se hacía necesaria una pasajera dictadura".

Azorín

Azaña

= De *Luz*. Madrid =

(Principie con el artículo *Fuerza*, en la página anterior).



Manuel Azaña
(Dibujo de *Juan Carlos Huergo*)

En un pueblo—muy lejos de Madrid—vive un niño que vamos a examinar; es un tanto huraño; ama la soledad; cuando los demás niños juegan, él se está quietecito, ensimismado, en un rincón. No habla mucho; su laconismo contrasta con la locuacidad de sus compañeros. Los padres le incitan a que se distraiga, a que sea como los demás, y él sonríe, con una sonrisa un poco melancólica, y no sale de su ensimismamiento. Pero, como Goethe cuando era pequeñito, cuando tenía seis años, si se mezcla a sus compañeros, si se aproxima a los corros bulliciosos de los otros niños, en seguida los domina a todos con su hablar ameno y discreto; en seguida los tiene a todos cautivos con las historias que les cuenta. Un día la madre encuentra en un armario que tiene el niño en su cuarto un papel con unos renglones; los renglones son cortos; después de uno viene otro; después otro. Y así hasta que está formada la poesía. No sabemos lo que pensarán los padres de este descubrimiento; pero el niño, piensen lo que quieran los padres, no lo puede remediar: es poeta, y lo es para toda la vida. Sí, tiene esa terrible desgracia. A un señor que vive en el pueblo y que recibe revistas de Madrid, le enseñan los versos que hace este niño; el señor sonríe y dice que no son gran cosa. Los padres, puesto que Blas ha hablado y ha colocado punto redondo, están convencidos de que el niño no hará nada por ese camino y de que lo que ahora hace son paparruchas. Pero llega a la ciudad un día un caballero joven, que para en un mesón—no quiere hoteles, que son todos lo mismo—, y este caballero que se está horas y horas en una callejita y que contempla el paisaje desde lo alto de las murallas, conoce a este niño por casualidad, lee sus versos y, en silencio, con emoción profunda le da un estrecho abrazo. Y ahora sí que no sabremos decir lo que el niño siente en aquel momento en que, tras tanto desdén, tras tanta burla, se siente abrazado por quien sabe lo qué es la verdadera poesía. Un mes más tarde los versos de este niño son conocidos en toda España.

Sin la República, ¿hubiera sido conocido como gobernante Manuel Azaña? El caso de quien se sienta con dotes de gobierno y no pueda ejercitarlas es más dramático que el de un poeta o un pintor desconocido por sus coetáneos. El poeta o el pintor pueden dejar su obra, y esa obra será seguramente admirada en el curso de las generaciones. Un gobernante necesita el Poder para manifestarse. Manuel Azaña ha vivido años y años en una penumbra discreta; figuraba en un partido; pero en ese partido no se creía que Manuel Azaña podía ser útil en el Parlamento; ni siquiera pudo obtener Azaña lo que corrientemente han obtenido muchos de sus compañeros en letras y en periodismo. Ni aun en el mismo campo de las letras era conocido Manuel Azaña; le conocía un grupo de amigos y camaradas; muchos de los que militamos en el campo de las letras sólo conocíamos de nombre, superficialmente, a Manuel Azaña. Sabíamos que era autor de algún libro sobre política internacional, y que había publicado otro, muy notable, acerca de don Juan Valera; pero la reputación ostensible, clamorosa, no la tuvo nunca Azaña. Y, sin embargo, metido en su despachito de funcionario, al margen de la vida literaria, sin notoriedad en la vida política, Manuel Azaña tenía plena, absoluta, completa certidumbre de su valer. Y en su espíritu se producía tal vez esa desesperanza trágica del hombre que no va a poder cumplir con su destino, del hombre que, año tras año, va a ver desvanecida inútilmente, sin aplicación, sin eficiencia, toda su fuerza interior.

El pasado manda al presente; todos llevamos dentro nuestro pasado. Unos son víctimas de su pasado y otros benefician de ese pasado. Generalmente se es las dos cosas: víctima y beneficiario. Manuel Azaña, ya en el Poder, ya en pleno desenvolvimiento de sus facultades de gobernante, es beneficiario y víctima a la vez de su pasado. Los beneficios son mayores que los gravámenes. Gravámenes del pasado de Azaña son cierta desconfianza—que le hace ser injusto a veces con el rival—, cierta hosquedad, una falta de trato gracioso y fácil con las gentes. Beneficios de ese pasado de concentración de la persona son la seguridad de sí mismo, la confianza en la propia personalidad, el apego a su propio dictamen, madurado en horas de meditación. Y como síntesis y condensación de todo, el don de mando, el don peregrino de mando, sin el cual, por mucha inteligencia que se tenga, por bien que se hable, no hay gobernante posible. Todo hombre seguro de sí mismo, llámese Cánovas, Maura o Azaña, mira fatalmente, irremediablemente, con altivez y desdén, las inseguridades y ligerezas de los demás. Los demás flotan y ondulan, él está siempre firme en su resolución; los demás titubean ante el peligro, ante lo incierto, él va resueltamente al nexo de las cuestiones. Se le reprochan a Manuel Azaña sus agresividades. Recuérdense las frases de Maura; las que tuvo, por ejemplo, para calificar, con supremo desdén, ciertos movimientos de opinión: "fogatas de virutas", "espuma de cerveza". Tráigase a la memoria lo que de los periódicos dijo: "El sonajero de la prensa". En su semblanza de Cánovas habla Campoamor de los "políticos patrioteros", y añade que Cánovas "debía ser más desdeñoso y menos agresivo al devolverles sus malevolencias". Campoamor debiera saber, puesto que fué parlamentario y además era profundo psicólogo, que el desdén en una asamblea es la mayor de las agresividades. El desdén se manifiesta de mil maneras; un ministro o el presidente del Consejo han de contestar a un diputado interpelante; no le nombran al contestarle; hablan en forma impersonal y objetiva. Si alguna vez se impone el nombre del adversario, entonces se dice, por ejemplo: "En esta Cámara se ha dicho..." "Cuando yo oigo decir..." "Todos hemos escuchado..." Y el interpelante, a quien se menosprecia, siente toda la fuerza del desdén.

Se habla de la modernidad de Manuel Azaña. La modernidad de la política, después de la guerra, consiste más en la psicología que en las doctrinas. Asistimos al fracaso de las fórmulas que rigieron durante el siglo XIX; se hunden las palabras y los ritos de la antigua política. Un viento de sinceridad y de rudeza sopla sobre el planeta. La guerra ha hecho que se derrumben muchos prejuicios. Reaparecen dos animales simbólicos que siempre han actuado en la política; dos animales en torno a los cuales gira toda la obra de Maquiavelo, el gran patriota. Estos dos animales son el león y el zorro. Si antes estaban escondidos entre los matorrales, cerca de nosotros, ahora viven ya en la política sin rebozo ninguno. "Cuando no pueda uno vestirse la piel del león, vístase la de la vulpeja", dice Gracián. Antes Maquiavelo había dicho que es preciso ser león para espantar los lobos y raposo para descubrir las celadas. Y mucho antes, en el año 50 de la era cristiana, Plutarco, en la vida de Lisandro, había expresado el mismo concepto. A hombres de otra época, de un régimen pasado, ¿qué ha de parecerles el que en un trance tan difícil y delicado como el de un cambio de régimen se desechen las vanas fórmulas y se vaya directa y escuetamente a la realidad? En tanto que un viejo político establece una teoría, el gobernante, sin teorías, sin palabras, sin necesidad de justificarse, se encamina al meollo de las cuestiones. Los otros exponen doctrinas y él gobierna. Los otros están pensando en un texto y él hace cosas prácticas. Y unas veces es león y otras raposo. Manuel Azaña, muy moderno y muy antiguo, ha sido raposo para arreglar una crisis y león para resolver un pavoroso problema—el militar—, que nadie se había atrevido a resolver en cien años.

Azorín

Haya de la Torre a la Nación

= Envío del autor =

(2.—Véase el número anterior)

PUNTOS CONCRETOS DE NUESTRO PROGRAMA MÍNIMO

En el plan de Acción Inmediata o Programa Mínimo del Partido, los apristas del Perú definimos nuestros puntos de vista sobre la verdadera situación presente del país. Ante todo estudiamos la difícil cuestión económica nacional llegando a la conclusión de que a pesar de ser muy grave la crisis mundial y de haberse hecho más intensas sus proyecciones en el Perú, por la absurda política financiera del régimen de los once años y de las Juntas de Gobierno que le sucedieron, una dirección reorganizadora, sujeta a un plan científico, puede demostrar que es posible salvar la economía del país. Es evidente que la excesiva intensidad de la crisis en el Perú se debe sólo a la falta de gobernantes expertos en materia económica. Nuestro Partido se ha ratificado y se ratifica en esta afirmación. La crisis de la economía capitalista de los grandes países—consecuencia del máximo desarrollo de un sistema que en el nuestro no ha llegado sino a formas incipientes—no debe alcanzarnos con la misma dureza que a los países donde se origina. Para esto bastaría la organización metódica y honrada de la vida económica de la nación y del Estado.

Apoyamos nuestra afirmación en el análisis de la Economía Peruana. Dos son sus radios y grados de producción: el de la Economía Extranjera radicada en el país, que forma parte del gran sistema capitalista industrial de las naciones manufactureras, cuya expansión ha llegado a nosotros como un resultado de su gran desarrollo, y el de la economía propiamente nacional, cuyo incipiente desenvolvimiento ha sido naturalmente detenido o dominado por el avance de la economía extranjera. Ambos tipos o formas de economía coexisten en el país, manteniendo un distinto grado de intensidad en su evolución. La economía extranjera técnicamente superior, más sólidamente respaldada—puesto que pertenece a un sistema más avanzado—domina. La economía propiamente Nacional—agricultura, minería, comercio y pequeñas industrias—se desenvuelve en inferioridad de condiciones, luchando contra un sistema mayormente poderoso y más refinado. Este desequilibrio, determina la gravitación del total de la vida económica nacional hacia su sector más desarrollado. Lógicamente el país entero queda sojuzgado por la economía extranjera que tiene mayor movimiento y produce más riqueza. Con el país, el Estado se rinde también al dominio.

Dependientes casi exclusivamente de la economía extranjera, su prosperidad impone nuestra prosperidad, pero sus crisis y descalabros son nuestros también.

Sin una vigorosa economía verdaderamente nacional, capaz de dominar siquiera el propio abastecimiento, carecemos del respaldo que nos libre del colonialismo económico en que vivimos. Sufrimos así, males comparables al de la senilidad precoz; sin haber alcanzado el desarrollo de los grandes países industriales, sin haber llegado a la edad adulta de nuestra economía, soportamos ya, con los pueblos cuyos sistemas envejecen, sus crisis y su decadencia. La desocupación y el hambre nos amenazan, en un país donde hay mucho por trabajar, vasto territorio en que vivir y grandes recursos naturales por explotar.

NUESTRO PLAN ECONÓMICO

La realidad de nuestra indiscutible desorganización, impuso al Partido Aprista Peruano la urgencia de elaborar un plan concreto de reconstrucción de nuestra economía. Constatamos la falta casi absoluta de ciencia económica en el país. El Perú ha vivido más de un siglo sin orientar económicamente la cultura de nuestros estadistas. Malas cátedras de divulgación elemental, han sido su única fuente de conocimientos. Así se explica la ausencia total de principios científicos integrales de gobierno y la falta de realismo en la aplicación de teorías jurídicas, producto de una cultura unilateral y sin base de experimentación. El empirismo de nuestros gobernantes no ha permitido un estudio serio y metódico de la realidad peruana. El confusionismo más lamentable ha predominado en los gobiernos civilistas, que sin saber distinguir siquiera específicamente el campo de la economía del de las finanzas, no intentaron jamás la investigación organizada de una y otras. Sin verdadera estadística, sin un censo moderno siquiera, el país ignora hasta cuál es el número de sus habitantes. Si no sabe exactamente cuántos son, menos podrá saber cuántos producen o cuántos no producen, cuáles son sus necesidades, cómo las satisface; datos todos fundamentales para el estudio de la economía, que se basa en el conocimiento de la capacidad productiva y la capacidad adquisitiva de una nación. En el orden financiero, nuestra política ha sido y es la consecuencia de la misma falta de conocimientos económicos. Sin base real para apreciar nuestra realidad, las finanzas nacionales han seguido un próximo camino de incipiencia y empirismo. Todos los hombres y fracciones civilistas siguieron idéntica política: la de contratar empréstitos hipotecando nuestras fuentes de riqueza nacional o de ingresos fiscales, obteniendo dinero a cambio de prendas de valor conocido. Política de empeño, que comenzó con el guano y el salitre y los ferrocarriles, para terminar con la amenaza de entregar los respaldos de oro de nuestra moneda, acumulados en las épocas de prosperidad temporal que el capitalismo del mundo proyectó sobre el Perú.

Ante esta realidad, que entraña una constante amenaza para la vida nacional, por el peligro de una total bancarrota y una pérdida gradual de la soberanía, el Partido Aprista Peruano planteó al país la necesidad de adoptar inmediatamente un plan reorganizador que debería basarse, científicamente, en la investigación cuidadosa de nuestra realidad económico-social y en el análisis integral de sus diversos factores. Alejándose de la tendencia empírica de los viejos partidos, el Partido Aprista Peruano propugna, como medio inicial para investigar en sus orígenes nuestra realidad económica, la realización de un Congreso o Mesa Redonda en la que intervengan todas las fuerzas vivas del país: capital extranjero y nacional; trabajo—obreros y campesinos—, agricultura, comercio, transporte, minería, etc.

EL CONGRESO ECONÓMICO

El Congreso Económico,—entidad de carácter temporal—, aportaría el concurso técnico de todos los participantes en la vida económica del Perú: producción, circulación y consumo de la riqueza nacional y extranjera en el país. Por medio de un trabajo sistemático, el Congreso Económico haría una investigación realista, lejos de toda influencia política, del aparato total de nuestra economía. Clasificadas las fuentes de producción, hecha la distinción de nuestros dos grandes sectores de economía: el que depende del capital extranjero y el propiamente nacional, se estudiarían sus grados y formas de mutua cooperación. En orden a la producción nacional, el Congreso Económico estudiaría su verdadero radio de productibilidad, su posibilidad de desarrollo, lo que es y lo que puede ser nuestra producción, de acuerdo con las necesidades del país, previa verificación por el estudio estadístico que el mismo Congreso debería organizar, con el obligatorio concurso de todas las entidades en él representadas.

El Congreso Económico tendería a descubrir nuestra posibilidad real de elevar el índice de producción y de consumo nacionales, formulando las bases de una organización sistemática de la primera y tendiendo a la formación y educación del mercado nacional con el auxilio del Estado, para el segundo. Es sabido que aun en productos alimenticios el Perú no produce lo que consume, importando gran parte de ellos. Es sabido también, que varios millones de nuestra población se hallan completamente al margen de la producción y del consumo modernamente estimados. La organización de la producción agrícola y pequeño industrial bajo la protección directa o indirecta del Estado, comenzando por la intensificación de las fuentes productivas existentes y por la creación metódica de otras colaterales que la economía del país necesite, implicaría aumento de trabajo y elevación de la capacidad adquisitiva.

De otro lado, si la crisis mundial se debe a falta de confianza para la inversión de capitales,—falta de crédito—, y a la falta de mercado para la venta de productos de la gran industria, el Perú podría librarse parcialmente de sus efectos, ofreciendo ambas posibilidades: **crédito de trabajo,** por la aceleración de su producción interna, que habría de extenderse e intensificarse; y mercados para la adquisición de elementos de producción (maquinaria, productos manufacturados auxiliares, etc.), cuya adquisición sería posible con el respaldo del crédito

que ofrecería a su vez la seguridad de que esos instrumentos de producción entrarían inmediatamente en trabajo, produciendo mercancías que tendrían garantía de circulación y consumo en el mercado nacional, relativamente vastos y al que sólo hay que capacitar, educar y organizar.

Muchos ejemplos podrían darse para ilustrar objetivamente este plan de elevación sistemática de la **productividad** del país; pero basta reconocer que en el Perú existen los dos grandes factores para un movimiento económico nacional: población capaz de producir y población capaz de consumir. El hecho también evidente de su impreparación, de su incipiencia, de su bajo **standard** de vida, no supone la imposibilidad de evolución y mejoramiento, si se organiza una política económico-científica que, previo el estudio y verificación exacta de la capacidad productiva y de la capacidad adquisitiva del país, trate de elevar ambas por una legislación sabia de educación económica experimental y por el intervencionismo y proteccionismo del Estado, sistematizado con un criterio realista de eficiencia.

EL CONCURSO DE LAS CLASES SOCIALES

Es de suma importancia una breve explicación sobre el concurso que las clases sociales prestarían a este plan económico del Partido Aprista Peruano. Esta referencia respalda, una vez más, nuestra categórica refutación a los que calumniosamente tratan de confundir **Aprismo** con **Comunismo.**

En primer término, nuestra realidad social presenta estas manifestaciones objetivas: en el orden industrial, nuestro desarrollo es incipiente y nuestra "gran industria" es de tipo extractivo y no manufacturero. Joven nuestra industria, es joven también el proletariado como clase. Es un tipo de proletariado diferente del proletariado manufacturero europeo; el nuestro es en su gran mayoría proletariado de industria extractiva de materia prima o medio elaborada, característicamente tropical o semitropical. La clase proletaria propiamente dicha, en razón directa con el desenvolvimiento incipiente y unilateral de nuestra industria, es clase todavía en formación.

La clase campesina, que constituye la gran mayoría trabajadora del país, es también, en razón directa con las formas primitivas, feudales o semifeudales de producción agrícola, clase sin cultura general o técnica.

La tercera clase de importancia social y económica, es la clase media, que forman desde el artesano y el campesino, dueños de sus instrumentos de producción, hasta el minero, industrial capitalista, comerciante, agricultor en pequeño. A la clase media pertenecen también los trabajadores intelectuales, profesionales, técnicos, empleados privados y del Estado.

Toda clase media en los países manufactureros tiende a convertirse en clase dominante. Es ella la que ayuda a la gran industria y "hace circular" sus productos en el mercado consumidor. En nuestro país, este avance de la clase media ha sido detenido por el empuje invasor de la gran economía extranjera, que no sólo impone un tipo de industria extractiva o de materia prima, cuyos productos no necesita hacer circular en el mercado nacional, puesto que los exporta, sino que trata también las grandes empresas comerciales distribuidoras de los productos manufacturados en el extranjero. Por eso, nuestra clase media, cada vez más débil, cada vez más oprimida, es progresivamente empujada hacia la proletarización, como resultado del fenómeno económico que la ciencia moderna ha denominado universalmente **imperialismo.**

Desde el punto de vista nacional resulta, pues, que nuestra clase proletaria industrial es joven, en formación, sin la cultura ni la conciencia que determina la gran industria manufacturera. Que en el proletariado el avance superado de nuestra clase campesina, cuantitativamente superior, forma las grandes masas analfabetas del país, por el grado primitivo de desarrollo de nuestra agricultura. Que nuestra clase media, de la que forma parte también la "inteligencia" o clase culta, con cierta experiencia técnica y con un grado apreciable de conciencia política, sufre las consecuencias de una lucha desigual con el capitalismo organizado, que penetra a nuestro país desde el extranjero, desplazándola progresivamente por su situación de inferioridad.

Planteada la posición objetiva de las tres clases sociales que constiuyen **las mayorías nacionales,** cabe preguntarse por el rol presente del Estado y por su rol posible, como resultado de una organización afirmada en bases económicas.

•

EL ROL DEL ESTADO SEGÚN EL APRISMO

Según el programa del Partido Aprista Peruano, la posición actual del Estado que, económicamente, está sujeto a la influencia económica extranjera, dependiendo casi íntegramente de las fluctuaciones de esa economía, debe pasar a ser representativo de los intereses económicos de las mayorías nacionales. Siendo inseparable la relación de los conceptos Política y Economía, si un Estado no representa verdaderamente los intereses económicos de una colectividad afirmando en ellos su vida política, no podrá ser el instrumento de defensa de esa colectividad, puesto que no representa sus intereses. Entonces el Estado, deviene yugo y no fuerza liberatriz y de resguardo. Para "nacionalizarlo", para afirmarlo en la masa misma de la nación, es preciso que represente y defienda los intereses de la nación o de sus mayorías, que son las que determinan en una organización democrática, la verdadera fuerza directiva política nacional.

A este fin propendería la reorganización total de nuestra economía, cuyo paso inicial sería el Congreso Económico. No a la destrucción o aniquilamiento de la economía extranjera, porque dentro del sistema económico predominante en el mundo ella cumple una función histórica de desarrollo económico hacia la industria y de evolución social y política. No tampoco a la destrucción o aniquilamiento de la economía nacional existente, porque su desarrollo es necesario para equilibrar la influencia de la economía extranjera predominante y para la capacitación y progreso de nuestras clases productoras y consumidoras. El Estado, de acuerdo con la tendencia económica del Aprismo, tendería a conseguir y mantener el equilibrio de ambos sectores de la economía en el país, por un control científico basado en la previa investigación de las verdaderas necesidades nacionales y en el fortalecimiento de un sistema propio. Utilizaría para el desarrollo de nuestra economía interna todas las experiencias técnicas que aporta la economía extranjera. Aprovecharía la capacidad directora, organizadora y de colaboración de las clases medias, impulsándolas, ayudándolas, defendiéndolas y controlándolas en su desarrollo. Situadas las clases medias ante el dilema de perecer aplastadas por el avance siempre creciente de la economía imperialista extranjera o vivir bajo la defensa del Estado que las apoyaría e impulsaría, interviniéndolas, serían factores de progreso económico sin la amenaza de convertirse en incontroladas fuerzas de explotación. El Estado que las salva, defiende a su vez a las otras clases, a las clases productoras, base de la riqueza, que necesitan de la escuela experimental del trabajo organizado y técnicamente perfeccionado, para desarrollarse clasistamente, enriqueciendo su conciencia y elevando su nivel de cultura.

El Partido Aprista Peruano, representativo de los intereses de las tres clases mencionadas, que constituyen cuantitativamente y cualitativamente las fuerzas vivas de la Nación, las organiza, disciplina y educa, orientándolas hacia el dominio del Estado, al que todas ellas quedarían definitivamente vinculadas económica y políticamente. Para mantener sus diversos grados de colaboración y de intervención en la vida del Estado, surge como imperativo el principio de la democracia funcional, que implica el reconocimiento de los diversos grados de contribución económica, por los diversos grados de trabajo, como norma de los derechos políticos. El trabajador manual interviene en la dirección y recibe los beneficios del Estado que lo educa y lo capacita material y espiritualmente, reconociéndole su misión primordial de forjador de la riqueza. El trabajador intelectual presta su auxilio técnico al desenvolvimiento total de la economía nacional y contribuye directa y eficientemente a la labor directiva del Estado. El agricultor, el comerciante, el minero, el pequeño propietario, el experto, progresan bajo el apoyo del Estado y ofrecen su servicio de experiencia a la labor común de desarrollo de la economía nacional.

BASES COOPERATIVAS DE UNA NUEVA ECONOMÍA

Ampliando estos conceptos relativos a la reorganización de la economía nacional, el programa del Partido Aprista Peruano considera como una consecuencia de la investigación que habría de rea-

lizar el Congreso Económico, y como punto esencial de su plan, la implantación progresiva de un sistema cooperativo de producción y de consumo. La ausencia de grandes capitales nacionales, la necesidad de equilibrar la influencia económica extranjera que se desenvuelve sobre bases de fuerte capitalización y crédito, que no son nuestros, ni están bajo nuestro contralor, impone la formación de un vasto organismo cooperativo nacional, con la decidida protección del Estado. En este sentido, la formación de un Banco Central Cooperativo de Crédito, destinado a impulsar y respaldar el cooperativismo industrial y agrícola, es propugnado francamente por el programa del Partido. De la investigación realizada por el Congreso Económico, resultaría la verificación exacta de nuestras fuentes de producción, su tipo de organización y grado de desarrollo, según las regiones. Tanto en la pequeña agricultura — comunidades, y anaconaje, chacras, fundos, etc.,—como en la pequeña industria y comercio, el cooperativismo es posible como un medio de inmediata reorganización económica, tendiente a la elevación del índice de producción, ampliación del radio de trabajo, más fácil circulación y más barato consumo de la riqueza.

La organización cooperativa supone un sistema integral cuyo progreso será impulsado por la experimentación metódica. Supone también "la educación cooperativa", que comienza en la escuela y se intensifica en institutos técnicos. No sólo prepara y orienta al productor sino que educa y orienta al consumidor, crea y amplía el mercado, manteniendo permanentemente el intervencionismo del Estado como colaborante para el mayor desarrollo de la productividad del país.

Es fácilmente comprensible que la implantación del cooperativismo como sistema económico nacional, no sería factible sin una previa investigación científica de nuestra realidad, sin una compulsación exacta de nuestra capacidad productiva y de nuestra capacidad adquisitiva actual y posible. No sería tampoco eficaz sin una organización de la vida política del Estado, basada en la economía, que se basa a su vez en el trabajo y que es norma de la democracia funcional. No sería tampoco posible si no considerara como inspiración realista de la legislación que la ampara, el estudio previo de la región económica y la nueva demarcación del país. Es por eso que el programa del Partido Aprista Peruano implica una sistematización integral y orgánica de la vida del Estado cuyo fortalecimiento es necesario por el apoyo que debe prestar a todas las clases sociales que son fuerzas vitales de la economía nacional.

EL REGIONALISMO ECONÓMICO Y LA ORGANIZACIÓN TÉCNICA DEL ESTADO

Dos puntos son fundamentales al cumplimiento de la gran tarea histórica que el Aprismo se impone realizar para la reorganización total de la vida nacional económica y política; el estudio y división de las diversas regiones económicas del país y la organización técnica del Estado.

El regionalismo económico. — Punto central también del programa Aprista —supone la investigación y clasificación científica de las diversas regiones económicas del país, de acuerdo con su realidad geográfica, grados de desarrollo de la producción, posibilidades, zonas de mercado próximo, etc. Esta clasificación que si se intentara empírica y fragmentariamente sería peligrosa, sólo puede hacerse mediante un estudio detenido y profundo, apartado de las apariencias infundadas y sujeto a verificaciones experimentales. El Congreso Económico, representativo de todos los grados y aspectos y regiones de la Economía Nacional, sería la única entidad capaz de afrontar esta cuestión de importancia tan esencial para el futuro del país.

Clasificadas las regiones, divididas geográficamente desde el punto de vista económico, la legislación **regional** sería su obvia consecuencia. Con ella el descentralismo,—medio y no fin en política—, devendría resultado ineludible.

La organización técnica del Estado, supone, fundamentalmente, el apartamiento de todo el sistema de administración de las influencias políticas inferiores, creando un cuerpo permanente y especializado de servidores públicos, por estricto mérito de capacidad y con amplias garantías de seguridad personal y profesional. El servidor del Estado deberá conseguir sus posiciones por concurso y deberá representar el máximum de aporte técnico al servicio de su función. La creación de una escuela profesional de servidores del Estado, y la formación de un escalafón administrativo y la organización de cuerpos permanentes de expertos e investigadores en cada Ministerio, garantizarían la eficiencia de todos los poderes del cuerpo administrativo estatal. Esta reforma no sólo tiene una trascendente significación para el mejoramiento de los servicios públicos, por la especialización de sus servidores; también significa, políticamente, la disminución de la influencia gubernativa y especialmente presidencial, que dentro de la organización burocrática actual concentra en ellas un poder omnímodo y arbitrario sobre todos los ramos de la administración. De otro lado en un país como el Perú en que los servicios del Estado resultan el objetivo profesional de grandes sectores de nuestra clase media, la organización de la carrera administrativa basada en el mérito de eficiencia, sería un factor efectivo de moralización. El servidor del Estado adquiriría la plena conciencia de que sólo su capacidad y su severo sentido del deber sería garantías plenas de posesión del empleo y de progreso en su carrera. El pretendiente a un empleo del Estado, sabría también cuál es el único camino para conseguirlo. Abolido el puesto de favor, personal o político, el Estado ganaría un máximum de servicios que tendría derecho a exigir y cumpliría una eminente misión educadora, proscribiendo la humillación, el servilismo y la venalidad, que son consecuencia de nuestro viciado método actual de distribución de empleos.

Haya de la Torre

(Terminará en la próxima entrega)

El escéptico militante

Allá por el ochocientos setenta y tantos, los vecinos de Nantes veían cada tarde pasar, en dirección al muelle, a un viejo venerable, que era el hombre más ilustre de la ciudad, acompañado de un mozo sin nombre.

—Bon soir, M. Verne!

Aquel viejo, cuyo retrato salía en todos los papeles, era nada menos que Julio Verne. El mozo, entonces desconocido, había de ser más tarde nada menos que Arístides Briand. Cuando, ya en fecha próxima, el estadista lanzó al aire del futuro el cohete luminoso de su proyecto sobre los Estados Unidos de Europa, no faltó quien aludiese al "Viaje a la Luna", recordando la sugestión que ejerció el gran fantasista sobre la mocedad del político. Esas son fantasías, comentó la gente. Pero si la imaginación es, como dijo Bonaparte—que sabía de esto—, la facultad que crea el arte de la guerra, es asimismo la potencia que engendra toda alta política. No hay gran política, en efecto, sin planes ambiciosos, sin proyectos fantásticos para lo porvenir, o, lo que es igual, sin sueños También la vida de los pueblos se teje, como la de los individuos, con hilos sonambúlicos. Briand ha sido el primero en comprender que para luchar con el aburrimiento que padece Europa había que echarle fantasía a su política. Por aburrimiento se han hecho la mitad de las revoluciones de la Historia. Con gran instinto histórico propuso Briand la unión europea, a fin de impedir que las naciones occidentales se entreguen, por no estar quietas, por hacer algo, al deporte de la revolución comunista.

¿Unión europea? ¡Bah! Novelería. Y ¿por qué no Psicología, es decir, Historia? Todo lo contrario de romanticismo, amigos. Es la táctica clásica, la que enseñaba Nicolás Maquiavelo, secretario —en el secreto—de Estado. Político es aquel que suscita entusiasmo para el futuro y, a la vez, aumenta el pan de cada día. Así, Briand, a la par europeo y patriota, maestro en el juego doble y simultáneo de la ilusión y la empirie.

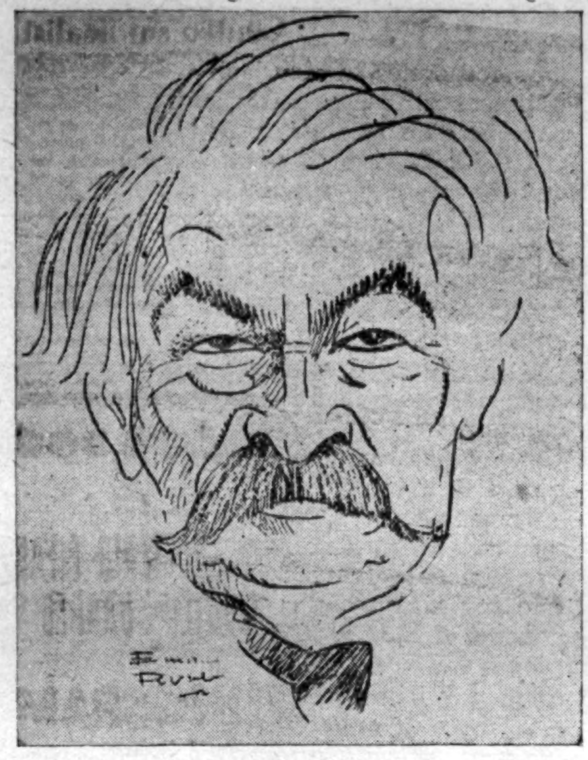
Ese inventor de fines lejanos no era hombre de principios. Al rígido movimiento dogmático prefería la libertad del mito. Sin escrúpulos, saltaba de la izquierda a la derecha y del marxismo al capitalismo, según lo demandasen el lugar y el momento. Y eso, claro, por necesidades públicas y conveniencias colectivas, no por apetencias de mando o ventajas personales. Pero esa mutabilidad en lo doctrinal no puede ser tachada de traición. En rigor, fué siempre fiel a su método, leal a su escepsis ante lo abstracto y su vocación por lo inductivo. Había algo en él de irónico discípulo de Montaigne, concreto y relativista. Alzaba los hombros, con un gesto suspicaz de celta rural, frente a lo absoluto. Pero nos embarcaba a todos, con plenitud de fe, en esa larga navegación oceánica y marinera hacia el San Balandrán de la paz perpetua y la Sociedad de las Naciones. Por curiosa y profunda paradoja, el único francés que ha creado Historia ha sido, precisamente, el único que no ha creído en la Sociología.

¡Qué celta Briand! De la buena raza de esos hombres labradores y navegantes, que no responden a nadie que les pregunte, y van después — con viento de esperanza en el pulmón de la vela—mar adentro, a preguntarle cosas al infinito. De la raza de esos aldeanos y pescadores que se pasan la noche en las tabernas de Saint--Malo haciendo trampas con las cartas —con las malas y las buenas—para luego, de mañana, ir a rezarle a la Virgen. Echar las redes, recoger los peces que pican, y a seguida salir a descubrir tierras y a inventar Historia, inventando Geografía.

De los celtas se ha dicho que son los únicos seres capaces de prestar dinero bajo juramento de oración, para cobrarlo en el otro mundo. Este que ahora lloran — en Ginebra y Bretaña—las sirenas, le prestó muchas monedas de ilusión a Europa. Pero como era en el tiempo de la inflación y los marcos, por si obraban de mala fe los deudores, quiso asegurar, bajo juramento de Tratado, el buen doce por ciento para su tierra.

Eugenio Montes

(De *El Sol*, Madrid)



Arístides Briand (Dibujo de *Ferrer*)

Briand, anecdotista

En política, la manera sonriente florece en anécdotas, y la política es, entre todas las artes humanas, la que mejores ocurrencias ha producido. La característica de la política del occidente latino ha sido este gusto de buscar en las cosas particulares un contrapeso a las universales. Quizá los sueños de unidad moral europea —Imperio, Santa Alianza, Internacional Socialista—han fracasado en parte por el vicio incurable de las anécdotas, flor burlona del particularismo. ¡Cuántas campañas se han hecho con anécdotas! Lenín no se ha abandonado jamás al humor, y por eso es incomprensible en nuestra Europa burguesa, fértil en ocurrencias ingeniosas, expresivas y típicas, contra la uniformidad y la monotonía de las concepciones totales. La diversión es tan enemiga de las graves imposiciones universales como la subversión. Es una subversión mundana, curva, elegante, evasiva.

Briand era el primer anecdotista, el anecdotista sin rival entre los políticos europeos de su tiempo. Con su "bonhomie", gala a la vez gruesa y sutil, obscena y elegante, hacía honor al país de Rabelais y de Voltaire. Hay que gobernar con anécdotas los países en que las anécdotas no dejan gobernar.

"—¡Qué bien han combatido los vuestros:—decía en el Versalles de la paz Lloyd George a Briand—. Y Briand, riendo con un rincón de la boca mascando un bigote, le respondía:

"—Sí... Pensaban combatir contra los ingleses". "—¡Ah, mister Briand! ¡Ah Mr. Briand!—exclamaba con humor el "premier" inglés—. Del sublime al ridículo no hay más que un paso". "—Sí—replicaba Briand, impávido—: el paso de Calais".

Los alemanes daban pocas anécdotas, y malas. Los ingleses, pocas y buenas. Los franceses, muchas, excelentes, divertidas, para sostener enteras editoriales con repertorios de amenidad. La política española las ha dado innumerables, desde Carreño. Son mediocres. "Estupendas", para "clubmen" aburidos. Pero las editoriales perderían papel y dinero recogiéndolas. Debemos, sin embargo, dar gran importancia a estas historietas, a estos rasgos de ingenio, a estos juegos de palabras felices. Toda gran política se ha coronado, tanto como de sacro laurel del Palatino, de estas florecillas burlonas y profanas. Los historiadores romanos y griegos las recogen con avidez. El Renacimiento las eleva a la categoría de apotegmas. Maquiavelo las hace inseparables del héroe, del político, del discreto. Y, entre nosotros, Gracián elogia al hombre de respuestas, al hombre de réplicas, al hombre de "salidas". Tanta fué entre los humanistas la devoción a las anécdotas, que saquearon la antigüedad clásica para vestir con plumas ajenas a los héroes modernos. Ellas son, sin duda, una señal del mejor carácter del político, de su felicidad, de su zorrería, de su agudeza, de su sentido común, de su desdén hacia solemnidades y pedanterías, de su rapidez. Muchas veces, la anécdota política es un devolver la pelota. Y ahí es nada, "devolver la pelota"; temperamento de pelotari en la política, brío y malicia, sotamano al vuelo, precisión en truncar el juego del contrario. En esto era excelente aquel monarca pelotari de los Pirineos que se llamaba Enrique el Bearnés. Otra manera de ganar París: ser "homme d'esprit". Y Briand no sólo ganó París. Dió universalidad a las anécdotas, las hizo correr por el mundo entero. Se coronó con ellas de gracia y simpatía y puso en berlina cosas y personas del adversario. Apenas aparecía por Ginebra un personaje español, solía volver con la anécdota de Briand al cuello, como con el sambenito de la risa. En seguida los editores franceses recogerán las anécdotas de Briand. Nos darán el Briand en pijama, el Briand en zapatillas, el Briand para la playa, el Briand y los judíos, el Briand galante, el Briand para todos; y Briand seguirá ganando las victorias de la risa y de la agudeza después de muerto. Que no son las peores victorias, aunque acaso vengan un día jóvenes serios, fervorosos y fundamentales, diciendo que hay que echar la llave al sepulcro de M. Briand. "Tant-pis pour eux".

Javier de Izaro

(De *El Sol*, Madrid)

Ensayos

= Envío del autor =

LA MARAVILLOSA EUROPA POTENCIAL

Pensad un momento en las consecuencias prácticas que traería la consolidación en una sola democracia—sin torpes fronteras ni rancias tradiciones de venganza y de odio—de las diez o quince verdaderas nacionalidades que constituyen ahora Europa. Imaginad sus ferrocarriles consolidados en un solo gran sistema, sus energías naturales puestas al servicio de la civilización por medio de una hábil ingeniería sin política. Imaginad aquellos campos inmensos cultivados, aquellos caudalosos ríos convertidos en arterias de una sola sangre puesta al servicio de una sola entidad política y espiritual. Imaginad en aquel rincón maravilloso de la tierra al hombre puesto al trabajo, a la Naturaleza puesta al servicio del hombre en el trabajo. Pensad una vez eliminados el desgaste, el desperdicio, el obstáculo, la fricción costosa, el formulismo asesino que existe, y dad rienda suelta a las energías de aquellos pueblos excelsos en la mentalidad y la carne. ¿Qué podría resultar de aquel rincón de la tierra? ¿Quién podría medir la riqueza allí producida, la cultura allí difundida, la raza allí perfeccionada, elevada y purificada, la conciencia humana limpia de sombras y absurdos, capacitada para comprender la eternidad y la vida?

¿Las fuerzas materiales de esa construcción, para esa construcción? Están allí de una vez. Pero lo que les falta, como igualmente falta en cualquier rincón del mundo, es la fuerza espiritual, es el factor moral que—a la larga—resulta ser un valor intelectual simplemente. Y porque les falta ese detalle, por eso padecen, y se destruyen y destruyen. Porque les falta eso, en nombre de patrias que un concepto de responsabilidad humana debía barrer por ser una forma que ya cumplió su destino, que ya no debe existir; por una rancia tradición y una incapacidad de comprensión, por eso sufren. En la medida que ignoran se aborrecen y lloran. El mal está en la mente. La liberación, como en la edad de lo maravilloso, vendrá por el Espíritu.

EL DELEITE DE MORIR

Si queréis sentir repugnancia y disgusto en vuestros corazones, pensad en un puñado de jóvenes que mueren—acribillados a balazos y metralla—en una tierra que no es la vuestra y por un ideal que vosotros consideráis, no sólo mezquino, sino también absurdo y pequeño. Y si queréis apurar la medida de las náuseas, pensad en una guerra continua que así aniquile la juventud de un pueblo y ponga luto y dolor en todos sus hogares.

Eso es si pensáis en los otros y en los ideales de los otros. Pero para no sentir repugnancia ni asco y sostener en la mente un criterio más generoso y tolerante, poneos en su condición y pensad que os movéis en el mismo círculo de tradiciones arraigadas y al calor de pasiones igualmente sentidas. Entonces todo verá a otro aspecto. Sentiréis en vuestros corazones la simulación de aquellos impulsos y os explicaréis ampliamente el por qué de esa sangre y de esas muertes.

Perder la vida en plena juventud; sacrificar amores, riquezas, fama y, más que todo, alguna esperanza que os calienta las entrañas como un trago de vino, resulta poca cosa, ofrenda bien pequeña para el ideal máximo que se lleva en la conciencia. La muerte es entonces un tributo al cual no podemos renunciar, un rito que no queremos dejar sin cumplir, una embriaguez que no permitimos dejar sin sentirla hasta cerrar los ojos a la tierra.

Morir por un ideal es parte de la vida misma. La muerte puede revestir siempre las más diversas formas, pero tiene que ser siempre una renunciación, una concesión, un sacrificio, un cerrar los ojos a las cosas y un poner el alma en manos de lo invisible.

El arte de saber morir es tal vez superior al arte de embellecer la vida y al arte de darla y destruirla. Ese arte terrífico encierra todas las maravillas de la sensibilidad humana y no solamente nos da alas supremas, impulsos que nadie puede medir, una dicha que no cabe en el hombre mismo, sino también que se convierte en un huracán divino que barre los horizontes de una nacionalidad, una electricidad superior que va de alma en alma comunicando fuegos maravillosos y sacudimientos jamás sentidos.

Obra esa es del Ideal. Ya se concrete en un rencor patriótico, en una sed de venganza, en una mentira histórica, en un dogma o en un sistema. El objetivo no importa. Basta al hombre un motivo para morir, una ventana abierta en la más alta de sus torres para desde allí dejarse caer con la sonrisa en los labios.

Para quien no siente el ideal del otro la muerte parece ciertas veces una estéril crueldad. Pero será el ideal más o menos absurdo, el motivo más o menos pueril, la verdad es que vale mejor tener un ideal y por ese ideal saber morir, que vivir sin conocer uno solo.

NO FALTA UNA NUEVA CIENCIA

El "rumor que cunde" de los místicos que aparentan ser también hombres de ciencia, es que "falta una nueva ciencia".

Pero he aquí que yo me clasifico con la escuela materialista: la de las leyes inmutables, la de las ecuaciones omnipotentes, la de la eficiencia universal; la escuela que mide y calcula con rigor y que nos deja a los pies su ofrenda, advirtiendo que resta, para completarse, la obra del tiempo. Yo tengo otra cosmogonía, otra religión, otra ciencia del alma y de las cosas, y desde luego, ese rumor no puede desplazar mis creencias y pasa sobre ellas como un espectáculo maravilloso que no perturba la herencia interior, o como la mano de un sembrador cargada de semilla, que no la suelta.

Para mí no falta una nueva interpretación de la Naturaleza. La que hoy nos da la ciencia, con sus matemáticas rigurosas, es, en último análisis, una ciencia inmensamente metafísica, espiritual, trascendente e integral. Es una ciencia que en manos de Jenner, de Pasteur, de Steinmetz ha surgido a nuestros ojos como la revolución de un nuevo poder, un poder maravilloso que es el instrumento de una piedad inconmensurable. **Son las naves salvadas** del desastre, las pestes abatidas, el trabajo humano aliviado, el bienestar de las comunidades enaltecido como un arte, la comunicación del pensamiento humano acelerado, los frutos estupendos de esa ciencia. Si mañana esa misma información cae en manos del bárbaro y destroza millares de seres, incendiando y envenenando ciudades enteras, no es el delito de la ciencia. Es que la barbarie todavía existe como una pantera que va suelta. Si analizamos en las últimas causas de toda guerra, de toda inicua explotación de toda cruel conducta en el mundo, veremos que los factores últimos, los postreros baluartes, consisten esencialmente en detritus de errores que la ciencia ha denunciado hace siglos, pero que permanecen relativamente intactos en los pliegues del alma humana.

Pero el balance está en favor de la ciencia. Contra lo que cualquiera suponga, hay hoy más bondad, más justicia y mejor entendimiento entre los hombres. Y todo ese mayor bien habría sido imposible sin la ciencia. Y si por consideraciones de abrumador desaliento se dijese que no es así, que no hay mayor bondad, podría contestarse que aun así, el último análisis prueba que **hay mayor posibilidad de bondad** por haber mayor intercambio espiritual entre los hombres.

Es la barbarie restante—que tuvo su destino, pero que va a pasar—lo que hoy pone la conquista de la ciencia como un instrumento de la maldad. Las guerras persisten como residuo de las patrias mezquinas que crearon hombres inferiores. Hasta allí llegaba la Patria, porque hasta allí llegaba el caballo del rey o del cacique. Cuando el avión cruce invisible por todos los espacios, los hombres libres se reirán de las fronteras. La codicia que quita el pan a unos y lo aglomera en manos de otros, es residuo también de la barbarie: alguna vez cambiará la escena: los hombres serán capaces de hacerse la vida en el seno de la igualdad económica y existirá un nivel de mérito moral que haga imposible la injusticia.

No falta una nueva ciencia. Lo que falta es que la que existe se esparza sobre el mundo.

Napoleón Viera Altamirano

San Salvador, El Salvador.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras.

Froylán Turcios prosigue en París la publicación de sus Obras, en las elegantes ediciones de la Editorial LE LIVRE LIBRE. En estos días nos ha llegado:

Páginas de ayer, París, 1932.

De Salvador Merlino (Guamini 4770, Buenos Aires, Rep. Argentina):

Melodías. Por el editor SAMET. Buenos Aires.

De Plinio Enríquez (casilla 3357, Valparaíso, Chile):

Cameraman. Editorial UNIVERSO. Valparaíso. 1932.

Copiamos:

P.—Deseo saber qué libros existen en que se trate con más amenidad el origen de la familia y su historia en las distintas épocas hasta hoy.

R. —«La familia», por Meyer-Lücks, en «Revista de Occidente», Madrid, suponemos que colmará sus deseos, u «Origen de la familia», por Engels, obra muy conocida y de determinada tendencia, como no ignorará usted, y editada en castellano por la editorial DÉDALO recientemente.

P.—¿Hay algún tratado sobre curación de enfermedades mediante el empleo de hierbas medicinales?

R.—«Fitoterapia», de la colección SALVAT (Barcelona).

(De *Luz*, Madrid)

De ESPASA-CALPE, S. A., Madrid, nos llega:

Liam O'Flaherty: *Cómo está Rusia*. Trad del inglés por Julio Huici. En la serie «Hechos sociales».

Copiamos:

Entre las colecciones de libros que en el presente año inicia ESPASA-CALPE, S. A., la titulada *Hechos Sociales* viene a representar un excelente tributo a la orientación y cultura de los pueblos hispánicos por lo que respecta a las cuestiones de índole política y sociológica.

Aunque dicha casa editorial ya había publicado con anterioridad libros de tal índole, puede decirse que es ahora cuando se propone ofrecer ese aspecto de la producción bibliográfica con intensidad no exenta de criterio selectivo. Con ese plan nace *Hechos Sociales*, y ello es garantía del interés que ha de ir ofreciendo, a medida que se robustezca con libros debidos a firmas célebres del pensamiento mundial.

El primer volumen de *Hechos Sociales* lleva el título de *Cómo está Rusia*, siendo su autor el escritor irlandés Liam O'Flaherty, que en tan pocos años ha conseguido el máximo renombre como prosista vigoroso y pensador original, uno de los principales de su país y de la Europa de hoy, a quien comienza a aplicarse el dictado de «el Gorky irlandés».

Bastante para informar de este autor a los públicos de lengua castellana, entre los que aun no «suena» su nombre es, decimos, este su libro interesantísimo en toda suerte de valores. O'Flaherty nos ofrece con él un cuadro original del espíritu y la organización rusas en el momento de la máxima tensión ideológica, cuando, transcurridos cerca de tres lustros de la instauración del régimen comunista, aquel inmenso país va ya adquiriendo fisonomía característica en las personas y en las cosas. Como casi siempre acontece tratándose de verdaderos genios creadores, adúnanse en *Como está Rusia*, la intensidad descriptiva y la gracia irónica. Así, el lector advierte no sólo la natural y espontánea visión impresionista del viaje, difícil siempre de plasmarse tratándose de horizontes inéditos, sino la gracia con que el escritor reacciona ante aspectos desconcertantes, contradicciones manifiestas y criterios oscuros. Hay en todas y cada una de las páginas de la obra de referencia un sello de originalidad en tal sentido, que las hace inconfundibles.

Como está Rusia ha de despertar la curiosidad merecida de los pueblos de nuestra raza hacia el conocimiento de la obra y la vida de O'Flaherty. Si la primera es ya amplia y valiosa—digna hermana de la de sus insignes coterráneos Shaw, Yeats y Joyce—la segunda maravilla por lo inquieta y excéntrica. Pocas habrá, efectivamente, en las que el espíritu del vagabundaje, la sed inexhaurible de ambientes y panoramas se acuse de manera tan marcada. Los viajes de O'Flaherty, sus arriesgadas empresas, sus luchas requerirían, para ser someramente descritas, muchas cuartillas. Grandes críticos hay que, al aplicarle el parangón nominal de referencia con el insigne creador de los *Exhombres*, apuntan la fuerza que supone ese vivir de años corriendo de extremo a extremo del continente, siendo por mero capricho aventurero, mozo de hotel, fogonero en un vapor, grumete en otro, lavaplatos en un restaurante, cargador de una fábrica, cortador de maderas en un bosque y criado de labranza en una alquería. Todo ello ha de producir en él, a la larga, esa mezcla de amargura y risa, tan característica en los temperamentos celtas.

Como está Rusia es libro descriptivo y bella producción literaria. Esta su edición española, bien traducida por Julio Huici, ofrece un interesante prólogo de Antonio Marichalar, prólogo en el que se traza un retrato sincero del genial escritor irlandés. Anúnciase que seguirán como nuevos volúmenes de *Hechos Sociales*, libros tan interesantes como los titulados *Haciendo bolcheviques*, por Harper, *Historia del Socialismo*, por Laicber y *Las Dictaduras*, por Sforza.

También de ESPASA-CALPE:

Ricardo Güiraldes: *Raucho*. Momentos de una juventud contemporánea. 1932.

Trasladamos:

En la colección de obras del insigne escritor argentino Ricardo Güiraldes, muerto en plena juventud, hace pocos años, antes de haber su nombre alcanzado la gran fama que hoy goza, principalmente por el éxito de la narración titulada *Don Segundo Sombra*, acaba de publicarse un nuevo volumen—el III de dicha serie—comprensivo de la novela titulada *Raucho*, digna hermana de la anteriormente nombrada y de la demás labor del eminente prosista.

En *Raucho*, obra completamente desconocida en España y en la mayoría de los países hispanoamericanos, puede decirse que se completa la admirable pintura de la vida rústica argentina que magistralmente se describe y evoca en *Don Segundo Sombra*.

Trátase de una producción de admirable realismo, en la que el vigor de la observación aparece indeclinable en todas sus páginas, dando vida y relieve al temperamento del protagonista y a su ambiente o medio circundante. *Raucho* es el nombre de aquél, joven argentino en el que se manifiestan las características de la raza, pero que por un acaso torcido encauzamiento de la voluntad, se sume en el vórtice agotador y estéril del vicio, primero en la gran metrópoli sudamericana, y en París más tarde, haciendo de ello un como renunciamiento de la propia personalidad, del que providencialmente viene a sacarle la influencia amical, por virtud de la que se reintegra a su solar nativo, en ocasión aun de regenerarse. He aquí, por tanto, lo apropiado del subtítulo de «Momentos de una juventud contemporánea» puesto a la obra por su autor.

Esta novela de Güiraldes, tan interesante y amena, escrita, además, en el ático e inconfundible estilo de su autor, representa, pues, doble valor como magistral descripción de la vida popular argentina en el ambiente rústico o «estanciero»—que tiene muchos puntos comunes en tan extensa área de aquel continente—y cual doctrina de intención ética, al ofrecernos la cruda visión de los aspectos del hedonismo de las grandes urbes, en donde torpes manifestaciones alcanzan límites hiperbólicos. Esa certera visión de momentos tan dispares proclama la maestría de Güiraldes, como novelista de excepción, capaz de crear tipos y situaciones que respondan en todo momento a la máxima verosimilitud, al sentido profundamente humano, no obstante estén forjadas por la fantasía en la alquitara mental donde se depuran los elementos inmediatos de la observación y la conciencia.

Raucho despertará en el público lector de lengua castellana igual admiración que los anteriores volúmenes de la serie hasta ahora aparecidos, *Don Segundo Sombra* y *Xaimaca*. Volumen de 270 páginas; precio: 5 pesetas ejemplar. ESPASA-CALPE, S. A. Apartado 547. Madrid.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

INDICE



CON EL ULTIMO CORREO:

Carlos Jiménez Díaz: *El asma y otras enfermedades alérgicas* .... ₡ 30.00
Izquierdo Croselles-Ripoll: *Manual de guerra química*. Pasta 10.00
Martín Luis Guzmán: *El Aguila y la Serpiente*. Segunda Parte: En la hora del triunfo 3.25
Kurt Klaber: *Pasajeros de Tercera*..... 4.00
Eremburg: *España, República de Trabajadores*.......... 3.25

Solicítelos al Adr. del *Rep. Am.*

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ¢2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.25 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Un revolucionario en el Medioevo

(Tiempo de lectura: cinco minutos)

= *Envío de la autora* =

No fué el Medioevo, como muchos lo creen, una época de tinieblas, de estancamiento espiritual. Fué más bien algo así como un largo período en que muchas cosas buenas se estaban gestando. Los pueblos daban pruebas de una gran vitalidad: se constituían estados poderosos; el comercio tomaba un impulso considerable; se construían hermosas catedrales góticas; se fundaban universidades (Salerno, París, Oxford, etc.) Trovadores y juglares divertían a las gentes con la narración de leyendas, de aventuras, y con canciones en las que exaltaban el heroísmo e idealizaban a la mujer. Pero, la generalidad de los medioevales era muy ignorante, ya que su única preocupación consistía en prepararse para bien morir. Un mundo de represiones. Cada individuo se consideraba como un forastero que sólo debía pensar en la otra vida. Esta era un infierno de llamas y demonios, o un paraíso lleno de delicias. Los fantasmas abundaban y el rey del espanto era el compañero inseparable del hombre. Así lo cuenta el ameno historiador Hendrik Van Loon.

La Iglesia, fiel guardiana de la fe, consideraba que el conocimiento de muchas cosas era capaz de despertar inquietudes en los hombres. Como consecuencia de esto, era de esperar que los individuos concibieran ideas "peligrosas" que, irremisiblemente, los conducirían a una eterna perdición.

La Iglesia sólo permitía la lectura de dos libros: La Biblia y la Enciclopedia de Aristóteles. Los escolásticos estudiaban todo a través de esta escasísima bibliografía, pues era prohibido servirse de otras fuentes. La observación directa de los fenómenos de la naturaleza, se consideraba como un pecado.

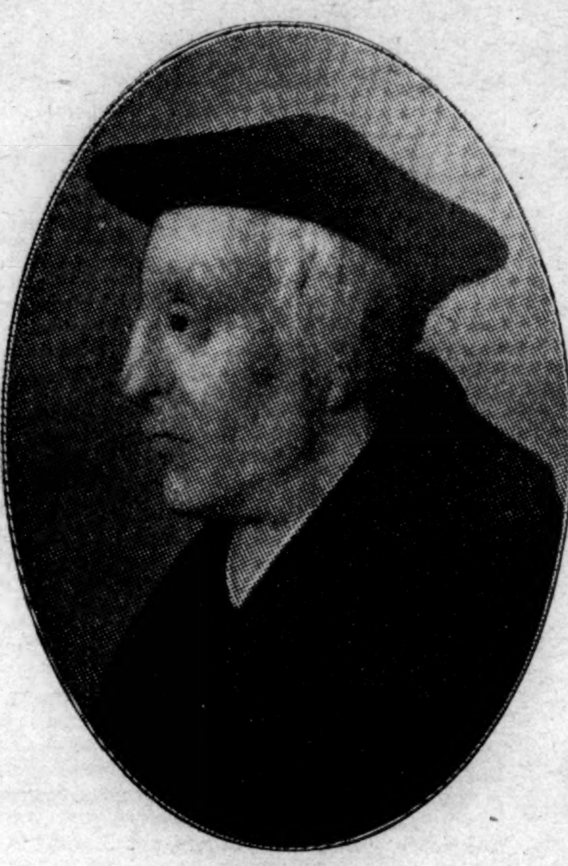
Los escolásticos eran grandes hombres y nadie se habría atrevido a combatir sus ideas. Pero nunca falta un imprudente, un subversivo, y aquí es donde hay que hablar del doctor Mirabilis de Oxford, es decir, de Roger Bacon.

Conocemos un grabado que Vriese hizo entre los siglos XVI y XVII. Aparece Bacon con el hábito de su orden (era monje franciscano). En el ángulo superior derecho está el Sello de Salomón, y en el inferior de la izquierda, el Ave Fénix y la Quimera se ven entrelazadas. El grabador puso, además, una rama de granado en la mano derecha de Bacon. Sabemos que la granada, con sus innumerables granos, se consideraba el emblema de la vida y de su fuerza de renovación. Sin duda alguna, el grabador Vriese tenía motivos para adornar así al doctor Admirable de Oxford.

Roger Bacon nació en Ilchester (Inglaterra). Vivió en el siglo XIII, el que mejor caracteriza a la Edad Media.

Es tan importante la obra baconiana, que bien puede asegurarse que en ella está la génesis del adelanto científico actual. El célebre historiador H. G. Wells, dice de él: "Su nombre merece ocupar en nuestra historia un lugar que sólo cede su preeminencia al de Aristóteles".

Roger Bacon es la primera persona que, con un valor inaudito, se atrevió a afirmar que su época era de gran ignorancia, y a aconsejar al género humano que no se dejara gobernar por los dogmas. Su máxima era: "experimentad, experimentad". ¡Cuánta osadía se necesitaba para decir estas cosas en aquel entonces! Esto resultaba tan peligroso en el Medioevo, como hoy hablar de la plusvalía a la clase explotada.



Roger Bacon

(*De un retrato que se halla en Knole Castle*)

La compilación del gran estagirita era una autoridad aceptada por todos. Bacon es también el primero que lanza una invectiva contra ella, cuando dice que es más útil para la ciencia una hora de experimentación directa de la naturaleza que diez años de manejar el texto de Aristóteles. En una de sus obras llega hasta decir: "...debería quemar todos los libros de Aristóteles, cuyo estudio sólo conduce a perder el tiempo, causar error y aumentar la ignorancia".

El libro de más valor científico de todo el Medioevo es Opus Majus de Bacon; encierra esa obra gran número de observaciones valiosas, de experimentos y de intuiciones geniales. Habla de máquinas de volar "construídas en tal forma que un hombre, sentado en el centro, haga girar algún mecanismo batiendo el aire con alas artificiales, a la manera de un pájaro volador" (precursor de Leonardo). Habla también de aparatos por los que se puede mover un carruaje sin tiro, y hacer andar más rápidamente a las naves con un solo remero.

Bacon se empeñó en conciliar la dificultad de las abstracciones metafísicas, con la experimentación puramente científica. En este afán es el precursor del filósofo Francisco Bacon de Verulamio, autor del Novum Organum, con quien suele confundírsele.

Una sed de verdad consumió siempre al doctor Mirabilis de Oxford. Aprendió griego, árabe y hebreo, lenguas que le sirvieron para estudiar obras de matemáticas, mecánica, óptica, astronomía y alquimia.

Roger Bacon se dedicó principalmente a la física y aunque, como se ha dicho, era partidario decidido de la ciencia experimental, no desdeñó el conocimiento de las especulativas. Los pitagóricos veían en los números, el fundamento único o esencia de todas las cosas. Así también, las matemáticas eran para Bacon la base fundamental de todas las demás ciencias. Es hoy, en pleno siglo XX, cuando nos damos cuenta de que la matematización en el método, no sólo es posible en la mecánica y en otras ramas de la física, sino también en ciertas partes de la química. Es un hecho que ya esto sucede también en las ciencias biológicas.

Tres invenciones se le atribuyen a Roger Bacon: la del microscopio, la del telescopio y la de la pólvora. Con justicia se le considera como un precursor de Galileo y de Newton por sus estudios acerca de la propagación, reflexión y refracción de la luz, y sobre el arco iris.

A Bacon también se le deben valiosas aportaciones en el campo de la astronomía. Son notables sus observaciones acerca de la perspectiva y de la magnitud aparente de los discos solar y lunar vistos en el horizonte.

Era muy difícil para un espíritu ávido de saber como el de Bacon, sustraerse a la fiebre de la época, y por eso fué también alquimista. En esto sí se contagió de los errores comunes, pero no fué un fanático como todos los demás que buscaban la piedra filosofal y el elixir de larga vida.

Bacon tenía que ser un acusado. Todo hombre de genio lo es. Sus doctrinas resultaban revolucionarias y por eso lastimaban muchos convencionalismos. Cometió un pecado mortal al mirar con desprecio el escolasticismo. Eso de averiguar lo que había en las entrañas de los animales, era una curiosidad malsana que sólo podía ser propia de las artes de un nigromántico. La superioridad de su talento le atrajo el odio de los monjes de su orden. En fin, que nuestro biografiado se iba haciendo cada vez más sospechoso. Llegó un momento en que sus contemporáneos juzgaron oportuno acusarlo de magia y de hechicería. No cabía duda: Bacon tenía pacto con el demonio y había que recluirlo o condenarlo a muerte (¡qué soluciones más admirables para deshacerse de los que quieren cambiar el estado de las cosas!)

Vinieron entonces los años de amargura. Clemente IV, que le estimaba mucho, suavizó un poco el rigor con que se le trataba. Pero cuando el Pontífice murió, se reanudaron las persecuciones y se le obligó a comparecer ante una asamblea que se reunió en París bajo la Presidencia de Jerónimo de Ascoli (Papa después con el nombre de Nicolás IV). Bacon fué condenado a prisión perpetua. En varias ocasiones se dirigió al Pontífice con el objeto de convencerlo de su inocencia y de la utilidad de sus estudios. Todo en vano. Bacon pudo conseguir su libertad después de la muerte del Papa.

Para aumentar su martirio en la prisión, se le prohibió escribir, pero cuando se vió libre y pudo continuar sus estudios, ideó una especie de clave para poder hacerlo sin que sus contemporáneos se enterasen de las cosas "peligrosas" que decía.

La mayor parte de la obra baconiana permanece todavía manuscrita en la biblioteca de Inglaterra y de Leiden.

Por la universalidad de su genio, por su ansia de saber y por las acusaciones de que fué objeto, la figura de Roger Bacon recuerda la de Leonardo de Vinci.

Lilia Ramos

Costa Rica, 1932.

Imprenta LA TRIBUNA